



ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 16.—Madrid 5 de Junio de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 "

DIRECTOR  
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN  
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

#### SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*Rogue en la Exposición*, por Blas.—*Los hermanos Ratisbona*, por Oscar Havard.—*Los grabados*.—*San Pedro de Cardena* (conclusión), por D. José Martín Zorrilla.—*El tiempo*, por D. B. B. y S.—*A. D. Carlos Cano en la muerte de su hijo Carlos*, por D. Rafael de los Reyes, S. J.—*Obras de cerrajería antiguas y modernas*, por D. J. B. Lázaro.—*Estudios acerca del dogma del fin del mundo*, por D. J. de Bonniot.—*Conocimientos útiles*.  
GRABADOS.—*El Rdo. P. Alfonso María Ratisbona*.—*Aldabón del demolido palacio de Mossen Soré en Valencia*.—*La seña en flor*.—*San Agustín, Doctor de la Iglesia*.

#### REVISTA

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ha sido objeto de dos violentos ataques por haber dicho que la traducción de la Encíclica *Humani generis* que publicamos en el núm. 11 es la única rigurosamente exacta. Bastaba consignar, como allí consignábamos, que aquella era la traducción oficial, la única traducción aprobada por el Papa y publicada por la Nunciatura, para que nadie se atreviese a censurarla. Sin embargo, un periódico, entre los varios que han publicado traducciones, se ha sentido herido por esta declaración, y se ha echado sobre el Director de nuestra Revista con el ímpetu de furor implacable. Considerando que el ataque a la Encíclica oficial era un pretexto para armar un escándalo, nuestro Director se ha ido a la prensa diaria a defenderse, pues LA ILUSTRACIÓN por nada ni por nadie dejará de ser una revista ajena a la política, de carácter exclusivamente literario y científico.

Los amigos que nos leen continuamente saben mejor que nadie cuál ha sido nuestra conducta desde que comenzaron las presentes tristísimas circunstancias. LA ILUSTRACIÓN no ha tomado partido, ni ha batallado, porque no es un periódico político; en campo muy diferente cultiva el apacible fruto de la polémica religiosa.

Sólo tenemos que añadir hoy que la Encíclica publicada por nosotros fué entregada por el secretario de la Nunciatura al Sr. Salamanqués, regente de nuestra imprenta, diciéndole que al dársela nos advirtiese que era la única traducción oficial, la única aprobada por el Papa, y que todas las otras traducciones, más ó menos, contenían alguna inexactitud. Con estos antecedentes la cuestión queda resuelta en nuestro favor, pues en nadie puede reconocer ningún católico más autoridad que en la Nunciatura para declarar la exactitud y autenticidad de las palabras del Papa.

Toda discusión en este punto sería irreverente y escandalosa. Esto es lo único que tiene que decir LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA respecto al ataque.

\*\*\*

En Madrid no hay primavera: hace pocos días se veían muchas capas en la calle; ahora se suda la gota gorda. Posible es que todavía volvamos a encapotarnos; pero al día siguiente saldrá el sol y no habrá quien no se desemboce. Indudablemente estas variaciones han de ser dañosas para la salud, pues tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe.

Lo cual no obsta para que en medio de tantas variaciones mantengamos una idea fija: la de divertirnos. Pero como no siempre se consigue todo lo que se quiere, esta primavera ha sido más sosa que otras, porque nuestra sal ha tenido que disolverse en mayor cantidad de aguas, privando a nuestros espectáculos de las gracias del aire libre. Todo el movimiento se ha condensado en los teatros; y obsérvese

bien que decimos movimiento, porque la mímica y el baile son ahora los elementos artísticos que prevalecen. Es sabido que por la primavera comenzaban todos los años las funciones del Circo, y este espectáculo, considerado como muy monótono, iba trampeando en las lánguidas noches de estío, como una tregua concedida a las representaciones teatrales, únicas dignas de los favores del arte. Pues ahora, por efecto de nuestro progreso, en vez de un circo tenemos dos y casi tres, los cuales hacen ventajosamente su agosto, granjeándose con sus amazonas, piruetas, dislocaciones y *batudas* las simpatías del público.

El teatro de declamación, el teatro artístico se hunde, mientras que se levantan y prosperan los Circos, en que se exhiben animales y se cultiva la fuerza bruta.

Lo que reducido a una fórmula más filosófica puede expresarse así: las glorias del espíritu desaparecen ante las conquistas de la materia.

\*\*\*

No es una perogrullada, como se verá luego, el decir que el Retiro tiene muy buena sombra.

El año pasado se celebró allí la Exposición de minería, que fué cosa notable, y la de Bellas Artes, que ocupa hoy el lugar de aquella, es ciertamente de las más honrosas que en su género hemos admirado. Hé aquí por qué decimos que el Retiro tiene buena sombra.

Ya hemos hecho algunas indicaciones generales acerca de la Exposición; y aunque todavía no hemos madurado nuestros juicios acerca de las obras más notables, podemos añadir que en este certamen se observa cierto empuje, cierto anhelo por salir de las graciosas pequeñeces de los cuadros de género, para elevarse a los grandes cuadros de *Historia*. Por desgracia les faltan a los pintores alas bastante poderosas con que remontarse a los grandes ideales, y al querer tender el vuelo, agobiados con la pesadumbre de los intereses terrenos caen en asuntos vulgares, que malogran sus facultades artísticas, ó en escenas de crudo materialismo que enlodan ó ensangrientan sus mágicos pinceles.

Sin embargo, este empuje, este anhelo es glorioso, porque en él pueden fundarse grandes esperanzas. Que soplen vientos favorables al vuelo de estos artistas, y nos abrirán con su pincel el horizonte hermosísimo de los grandes ideales.

Es asunto que merece detenido estudio: ¿por qué la pintura es el arte que más y mejor se cultiva, cuando todas las demás, incluso la poesía, se hallan en decadencia?



EL RDO. P. ALFONSO MARÍA RATISBONA,  
muerto recientemente en Jerusalén



La discusión de actas es para los Parlamentos un sobrepardo doloroso, que quebranta las fuerzas de los padres de la patria, patentizando la pobreza de su constitución y las miserias de su origen.

Esta discusión debería hacerse fuera de las Cámaras, en tribunales reservados, donde pudiera guardarse el secreto; especie de casa de maternidad en que se ampara con la reserva la debilidad humana para atajar nuevos crímenes.

Pero esto de comenzar una Cámara representativa por discutir, desacreditar y poner en duda la representación de sus miembros, es tan descabellado como sería el comenzar un banquete dando a los comensales una pócima que les revolviere las tripas.

Y sin embargo, así sucede: antes de constituirse las Cámaras se da el espectáculo de desmentirse allí la representación de sus individuos, poniéndose unos á otros fuera de la justicia y metiéndose hasta la cintura en el lodo de las arbitrariedades y coacciones electorales. Con este procedimiento se empieza, y sabido es que al principio se hacen los panes tuertos.

El creador del régimen representativo dejó muchos cabos por atar, y de tantos cabos sueltos ha resultado esta conspiración en que los cabos, convertidos en sargentos, y los sargentos en generales, traen revuelto el cotarro y desprestigiadas las instituciones.

¿Pero quién nos da á nosotros hacha para este entierro?

\*\*\*

El domingo de la Pentecostés—no podía haberse escogido mejor día—se celebró en San Isidro el Real la consagración de los nuevos obispos de Santander y Oviedo, de D. Santiago Vicente Sánchez de Castro y Rdo. P. Fr. Ramón Martínez Vigil.

El acto fué solemnísimos, pues en otra ocasión hemos demostrado que si son admirables y llenas de profundas alegorías todas las ceremonias del culto católico, en las que prescribe el *Pontifical Romano* para la consagración de los Obispos parece que se ha detenido con especial solicitud la Iglesia, queriendo mostrar la sublimidad y grandeza del ministerio apostólico. La parte musical fué notabilísima; se ejecutó la gran misa en *mi b* ó misa de bajos del maestro Eslava; el motete *Tu es Petrus* para voces solas, del mismo, y el magnífico *Te Deum*, una de las obras más inspiradas de tan ilustre compositor. Mucho nos complació el oír tan buena música, ya que en Madrid suele descuidarse mucho, dándole un carácter muy profano, al canto sacro, de tanta importancia en la liturgia católica.

Tan pronto como podamos publicaremos el retrato del señor obispo de Santander, de cuyas virtudes y talentos puede prometerse grandes frutos la Iglesia de España.

\*\*\*

Se nos ruega que coadyuvemos á la Obra del sepulcro de Pío IX, y nada puede sernos más grato, cuando nunca se borra de nuestro corazón la memoria de aquel Pontífice insigne que tuvimos la dicha de conocer y venerar.

« Los restos mortales de aquel padre muy amado, nos dice el Sr. Carulla, que nos informa de este asunto, descansan en modestísimo sepulcro, cuyo lugar y cuyas proporciones fijó él mismo en la iglesia subterránea de San Lorenzo, fuera de los muros de Roma. Pío IX restauró espléndidamente aquella basílica, dejando empero por concluir la cripta donde quiso ser sepultado.

«Entraba esto quizás en los designios de la Providencia, con el fin de que sus hijos devotos pudieran contribuir con sus ofrendas á enriquecer con mármoles, mosaicos, vidrios y metales preciosos el santuario donde descansa su padre venerado. En carta que tenemos á la vista del insigne Comendador don Juan Bautista Acquaderni, Presidente de la Comisión ejecutiva de la Obra del sepulcro de Pío IX, cuyos planos y dibujos tiene actualmente su venerable sucesor sapientísimo, nos dice además de otras cosas:

«El proyecto de restauración se ha concluido y hallase aprobado por la Academia Pontificia de Arqueología sagrada de Roma, habiendo salido hermoso, elegante y espléndido. El estilo es bizantino, á semejanza del de la iglesia superior, pero más puro y más rico.

«En la parte superior de las grandes paredes, en medio de adornos, se pondrán las figuras de los cuatro Santos Pontífices sepultados en San Lorenzo con Pío IX, las cuatro Santas Vírgenes romanas, y tres cuadros que representarán la definición de la Inmaculada, el Dinero de San Pedro y el Concilio Vaticano: todo esto en mosaico.

«En la parte inferior de las paredes, á un metro y veinte centímetros de altura, un basamento de már-

moles preciosos. En la parte central de las mismas paredes, ó sea entre las figuras y el basamento, correrá en torno una imitación en mosaico de un gran tapiz bizantino con fondo celeste y grandes rosetones. Cada rosetón llevará en el centro el escudo episcopal y el nombre de cada una de las diócesis cuyos fieles concurren con sus ofrendas á honrar la memoria del gran Pontífice y Padre amadísimo. Así las generaciones futuras verán agrupados los escudos de las diócesis de todas las naciones en una santa emulación de amor.»

Las limosnas para estas obras se recibirán en las secretarías de Cámara de los Sres. Obispos y en casa del Sr. Carulla, calle del Amor de Dios, 13 y 15, Madrid.

¿Qué más podemos decir en elogio de esta obra, cuando el nombre de Pío IX basta para despertar entusiasmo en todos los corazones católicos?

Quiera Dios que la católica España deposite sobre su sepulcro la corona de su veneración, para que sea superior á la muerte.

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



La actividad del Romano Pontífice, lejos de decaer, como podía temerse de su ancianidad, va cada día en aumento. Durante los últimos tres meses ha conferenciado con todos los Obispos franceses que han estado en Roma, y estas conferencias han estrechado las relaciones entre la Santa Sede y la Iglesia de Francia, dando el último golpe al galicanismo, que ya estaba agonizando.

Ahora se hacen preparativos en el Vaticano para la próxima reunión de Obispos irlandeses.

Las sesiones se celebrarán, como se celebraron las de los Obispos americanos, en la Propaganda. Los Cardenales Jacobini y Simeoni se ocupan activamente en preparar las cuestiones que han de ser presentadas á la reunión. La mayor parte se refieren á la situación política de Irlanda; pero algunas son concernientes á las relaciones entre los Obispos y Roma.

Según rumores que se oyen en la Ciudad Eterna, después de los Obispos de Irlanda es posible que el Papa quiera conferenciar con los de España para acordar los medios de restablecer la paz entre los católicos, tan dolorosamente turbada.

Los católicos belgas han obtenido una gran victoria en las elecciones provinciales. En Amberes los liberales han perdido la elección por 747 votos de mayoría que alcanzaron los católicos; en Namur y en Dinant, donde en otras elecciones triunfaban siempre los liberales, todos los elegidos han sido católicos, y lo mismo ha sucedido en los cantones de Hainaut; en Lovaina, la mayoría de votos en favor de los católicos ha sido enorme; en Nivelles fueron reelegidos sólo tres de los cuatro candidatos liberales que siempre triunfaban, siendo derrotado el otro; en San Jossé-ten-Noode, los católicos han vencido por 295 votos de mayoría... y así sucesivamente en todos ó casi todos los distritos.

Uno de los diarios ministeriales más autorizados confiesa que por los datos recibidos á la hora en que escribe «puede inferirse ya el resultado de la primera aplicación de la nueva ley electoral, siendo imposible desconocer que la extensión dada al cuerpo electoral es contraria á la opinión liberal».

El 10 de Junio se celebrarán las elecciones de diputados á Cortes; y aunque los radicales se aperciben para la lucha ansiosos de la revancha, no las tienen todas consigo, pues los católicos, animados con el reciente triunfo, trabajarán con más ardor que nunca en favor de sus candidatos.

Para apreciar en todo su valor este triunfo y el que se espera, es de advertir que el Gobierno belga es masón declarado y sus partidarios radicales tan implacables que no reparan en los medios de sobreponerse á los católicos, víctimas de todo género de arbitrariedades.

Pero el valor de los católicos triunfa de tantos obstáculos, librando á Bélgica de grandes desdichas.

El Senado francés, con escándalo de Europa, ha aprobado el célebre proyecto de ley de Mr. Naquet estableciendo el divorcio. Desde el año de 81 en que se inició este proyecto, había sufrido constantes aplazamientos; pero su autor, instigado ó por la pasión revolucionaria ó por el afán de triste celebridad, ha insistido en su empresa hasta que ha logrado sacar triunfante el escándalo.

No le bastaba á la República francesa haber desorganizado la sociedad; necesita desorganizar la familia para acabar hasta con las raíces de todas las instituciones políticas y religiosas.

A última hora sabemos que se ha aplazado la votación definitiva, con objeto de que la Comisión pueda examinar detenidamente un nuevo contraproyecto. De todos modos la aprobación previa revela que el mal gana terreno y que, siguiendo el presente estado de cosas, más pronto ó más tarde la ley contra el matrimonio cristiano será un hecho definitivo y una desdicha cierta.

Las noticias que se reciben del Sudán no pueden ser más contradictorias.

Mientras las agencias telegráficas presentan á la insurrección como verdaderamente formidable y en apurada situación á las principales ciudades del Sudán, noticias particulares dicen que la insurrección no tiene carácter formal sino en las cercanías de Shendy.

Estas noticias, debidas á unos mensajeros de Berber, llegados al Cairo después de un viaje de diez días, añaden que el Madhi no puede separarse de Kordofán á causa del mal espíritu que reina entre sus secuaces, y de la hostilidad manifiesta de los kababish y otras tribus, y que ni Berber ni Khartoum están bloqueadas, por más que los rebeldes se agrupan alrededor de esta última ciudad.

Circula el rumor de que se suspenderán las hostilidades contra Berber, y que el Gobierno había prometido entregar esta plaza á los rebeldes tan pronto como se rindiera Khartoum.

Pero lo cierto es que el general Gordon sigue en su ratonera.

Los periódicos ingleses vienen alarmados con los progresos de la emigración en Irlanda. Contra ella claman los buenos patriotas, y especialmente el clero católico, que sólo tiene una voz para condenar y señalar como un gravísimo peligro los alicientes y facilidades que el Gobierno ofrece á la emigración. Para formarse idea de ésta, baste decir que en un sólo día de la última semana han salido de Galway y Mayo para América 600 emigrantes.

Los pobres irlandeses, aunque abandonan sus hogares, llevan, sin embargo, profundamente impreso en su corazón el amor á la patria, que, cuanto más desgraciada es, más se la quiere. El recuerdo de la patria les sigue adonde quiera que van. En Londres como en New-York los irlandeses se reúnen en días determinados para consolarse hablando de Irlanda. Patria y religión, por un fenómeno constante y único, es para los irlandeses una sola y única idea; en el Nuevo Mundo ellos son siempre los primeros y principales apóstoles de la verdadera fe.

Para mantener siempre viva en los irlandeses la fe, que tan violentamente es combatida y tan fácilmente puede debilitarse, salen cada año del colegio de las Misiones extranjeras de Dublín numerosos misioneros.

Este colegio, fundado hace cuarenta y dos años por el Padre Haud—modesto sacerdote que había visto con intenso dolor desde el extranjero el abandono espiritual de sus conciudadanos—está dedicado exclusivamente á la educación de los jóvenes que aspiran á evangelizar en lejanas tierras, y hasta ahora ha dado más de doscientos misioneros, que están dispersos por todas las regiones del globo, donde hay irlandeses haciendo un bien incalculable y ofreciendo á sus compatriotas inapreciables consuelos.

Día llegará en que sienta la Gran Bretaña los efectos de esta *hemorragia nacional*, según la frase de lord Beaconsfield. Después de la hemorragia, la anemia.

La hipocresía del Gobierno italiano no tiene límites. En la sesión del 21 de Mayo, en el Senado italiano, el ministro de Negocios extranjeros ha hecho nuevas declaraciones acerca del asunto de la Propaganda que merecen conocerse. Comenzó sosteniendo que la conversión decretada aumentará las rentas de la Propaganda; dijo que una ley especial sería superflua, y considerando que el art. 18 de la llamada ley de garantías reserva el reglamento relativo á los cuerpos morales eclesiásticos, aseguró que se estudiará si algunos cuerpos morales especiales necesitan por la naturaleza de su misión de mayor libertad para administrar sus propiedades. Ofreció presentar á este propósito un proyecto en la próxima legislatura.

Terminó con estas palabras:—«Siendo la Propaganda una institución altamente benéfica, esperamos una ocasión de darle testimonio del favor y de la protección del Gobierno italiano.»

La política italiana no desmiente su origen maquiavélico, ó lo que es igual, la astucia y la hipocresía de sus iniciadores, y especialmente del célebre Cavour, que quería persuadir á Pío IX de la conveniencia de su expoliación.



Asombra la facilidad con que se hacen en los Estados Unidos las fundaciones católicas:

Una francesa, Hermana de San Vicente de Paul, la Hermana Irene, ayudada de otra francesa, Madame Thebaud, ha fundado en New York, entre la avenida Lexington y la tercera avenida, dos hospicios y un asilo para los niños abandonados. En el asilo hay 2.000 niños, y 1.700 son alimentados fuera de los asilos. Se reciben en el torno unos 50 niños al día, y en el mes de Marzo se pagaron 10.000 duros por salario á las nodrizas.

Esta milagrosa fundación se debe á la caridad. Los primeros diez duros, que los esfuerzos incesantes de las santas mujeres han multiplicado de un modo prodigioso, fueron recogidos trabajosamente de limosna cuarto á cuarto.

Como ésta nacen todos los días y se propagan otras muchas obras católicas.

M. RIERA.

## ROQUE EN LA EXPOSICIÓN



YER me pidió Roque permiso para ir á la Exposición de Bellas Artes acompañando á sus sobrinas, que han venido á Madrid á hacer algunas compras con motivo de la próxima boda de su prima Eduvigis.

Harto sentí no poderles acompañar; que, aunque profano al arte, quedarme resabios y aficiones de mis juveniles entusiasmos. Pero el estado de mis piernas y otras causas del momento me impidieron realizar aquel propósito, sin renunciar por eso á satisfacer mi deseo, Dios mediante, cuando mis alifafes me lo permitan y mis ocupaciones no me atajen el paso.

Entretanto, y para ir tomando informes de la calidad y cantidad de las obras presentadas al certamen, encargué á mi sirviente que trajese un catálogo de la Exposición. Hízolo así y me lo entregó al volver á casa, previo el reintegro de los cincuenta céntimos de peseta que Roque había desembolsado para adquirirle.

— Y ¿qué tal? — le dije — ¿te ha gustado la Exposición?

— Sí, señor.

— Parece que lo dices de mala gana.

— Ya ve usted, como uno no lo entiende...

— Yo no te pregunto si lo entiendes, sino si te ha gustado, aunque sea sin entenderlo.

— Diré á usted la verdad. Yo iba muy contento á ver los cuadros; porque, si bien no puedo apreciar su mérito como ya he dicho, me gusta pararme delante de una pintura y decir para mí solo: «este cuadro me gusta porque ese hombre, ese perro, esos árboles, esas nubes se parecen mucho á las nubes, á los árboles, á los perros y á los hombres que yo veo todos los días; estotro no me gusta porque esa mujer y ese niño tienen un color de carne que no se parece á la carne de las personas, sino á la carne de membrillo; aquel de más allá, que debía hacerme llorar, me hace reír, porque la expresión del rostro del caballero que se muere envenenado, me recuerda las muecas de los payasos en las pantomimas...

— En efecto, así debe juzgar de las obras de arte quien, como tú, carece de conocimientos especiales y hasta desconoce los rudimentos de la estética. Pero no se trata ahora de esto: lo que quiero decirte es si entre toda aquella colección de cuadros había alguno que llamase principalmente tu atención.

— Es el caso, señor, que lo que más ha llamado esta mañana la atención entre todas aquellas filas de cuadros, ha sido este humilde servidor de usted.

— No te comprendo.

— Digo que, en lugar de ir á ver la Exposición, resulta que he ido á que me vean como uno de los objetos más curiosos de la Exposición.

— Pero, explícame: ¿has hecho por ventura cuadros vivos?

— He hecho *la triste figura*, que viene á ser lo mismo... Y la verdad es que he producido impresión entre los visitantes: me han celebrado, se me han feído y me han propuesto para el premio de honor.

— ¿Acabarás de divagar?

— He acabado, y voy al asunto. Había comprado al entrar, según usted me mandó, ese libro azul, ese catálogo fementido, que mi sobrina menor me quitó de las manos y se puso á hojear... ¡Bien dice usted que la curiosidad es la madre de todos los vicios!...

— No he dicho en mi vida semejante cosa.

— Pues debía usted haberlo dicho, y es lo mismo. Entramos en la primera sala, que estaba ya llena de curiosos... La plaga más fastidiosa, incluyendo las de Egipto, es la de los curiosos, como usted dice...

— ¡Dale, bola! ¿Cuándo he dicho yo eso?

— Entonces lo habrá dicho otro, y en último caso lo digo yo con pleno conocimiento de causa. ¿A qué va allí tanta gente que entiende de pintura como yo, poco más ó menos?

— Estás diciendo un disparato que te coge de medio á medio. ¿A qué has ido tú, badulaque?

— No se enfade usted, señor, y déjeme concluir... Estaba yo hecho un bobalicón mirando un cuadro delante del cual había parados muchos señores... y por cierto que debían ser inteligentes, porque unos decían que el cuadro era un prodigio, otros le calificaban de mamarracho y otros sostenían que, á excepción del dibujo, del colorido y de lo mal sentido del asunto, podía pasar por un cuadro *estimable*. Esta polémica, salpicada de frases incomprensibles para mí, como *abocetado, factura, desdibujado, tonos calientes, masas de color, términos, ambiente, la mancha*, y no sé si la Rioja, picó mi curiosidad...

— ¡Hola! ¿También das tus pinceladas en ese lienzo?

— Sí, señor; también me sentí arrastrado de ese vicio de la curiosidad; me volví á mi sobrina y la quité el catálogo para buscar en él la explicación de cuadro tan controvertido. Estaba abierto por la página 133... bien me acuerdo... y al acercarlo á los ojos, chocándome ver toda aquella página y la siguiente escritas en verso, empecé á leer... ¿qué dirá usted, señor?

— ¿Yo qué sé? Acaso la biografía del pintor.

— Nada de eso; una escena de aquella zarzuela del amigo de usted D. Narciso, que se titula *El loco de la Guardilla*... Cincuenta versos próximamente. Abro el libro por otra parte, y me encuentro otra página en que se copian párrafos de un periódico relativos á la última guerra carlista... Crece mi asombro, y sigo saltando hojas y tropezando con pasajes en prosa y verso, en español antiguo y moderno, y aun en francés, de Chateaubriand, de D. Modesto Lafuente, de Castelar, de Zurita, de Quintana, de la *Biblia*, de César Cantú, de Shakespeare, de Dézobry, de D. Severo Catalina, de Núñez de Arce, de Juan Yagüe, del *Año Cristiano*, de D. Luis de Ulloa, de Garibay, de Mariana, amén de otros autores anónimos. ¿Yo qué me figuré? Que el vendedor de catálogos me había dado gato por liebre, endosándome, en vez de la lista de los cuadros, una colección de trozos selectos de escritores de todos los países, y formulé en voz alta mi queja, tanto que llamé la atención de los circunstantes y me ví acto continuo rodeado de gente curiosa... ¡Siempre lo mismo!

— Vamos, ya comprendo: aquellos curiosos, al enterarse de tu simplicidad, se burlaron de tí y te dieron una matracá bien merecida.

— ¿A quién se le ocurre hacer catálogos que pueden equivocarse con libretos de zarzuela ó con capítulos de historia?

— Eso se hace para facilitar la comprensión del asunto representado en el lienzo, sin lo cual se quedarían en ayunas la mayor parte de los que visitan las Exposiciones.

— No niego que deba darse una idea del tema del cuadro; pero me parece también que no es preciso desleírle tanto como los colores que entran en la composición. Y sobre todo, figurásemme que ese desleimiento envuelve una ofensa indirecta á los admiradores del cuadro, suponiéndoles ajenos al conocimiento de la historia, del poema ó de la comedia de donde está tomado el asunto.

— ¿Qué entiendes tú de esas cosas?

— Nada, á decir verdad, señor; pero si yo fuese autor de un cuadro cuya explicación en el catálogo estuviese hecha, por ejemplo, copiando cuatro ó seis octavas de *La Araucana*, ese libro que usted hojea con tanta frecuencia y por lo mismo supongo que será muy bueno, no me gustaría que los que le viesen en la Exposición exclamaran, mirando alternativamente al catálogo y al lienzo: «¡Qué versos tan bonitos!»

— Vaya, Roque, me parece que toda tu inquina contra esa especie de derroche de datos y recuerdos históricos por parte de los pintores, dimana de la burla que has sufrido por tu ligereza. Y me parece también que exageras algo...

— ¡Qué exagero! Ahí tiene usted el cuerpo del delito, el catálogo; examínele, y vea si aumento ó disminuyo más bien la gravedad del hecho. Recórrale usted — añadió entregándole abierto — vea usted... «Los amantes de Teruel»...

— De Muñoz Degraín; excelente pintor por cierto.

— No se trata del pintor, sino de la página de romance antiguo en que se hace la historia de los amantes, más conocida que *el cuadro del hambre*.

— Merece disculpa, por cuanto está tomada esa cita de un manuscrito poco conocido, existente en el archivo municipal de Teruel.

— Abra usted por otra parte... Eso es, aquí está lo que más me indujo á error en la Exposición:

«Lope de Vega en el cementerio.»

«Salime yo una mañana  
Del sol al primer reflejo...»

Esta escena la saben de memoria hasta los dependientes de ultramarinos.

— Sí, pero hay que reconocer que está bellísimamente sentida y expresada.

— Por esa razón podría haberse incluido en el catálogo alguna de las mejores comedias de Lope.

— ¡Qué cosas se te ocurren, hombre!

— Pero, señor, ó el cuadro del cementerio es bueno, ó no lo es: si es bueno, sobran los versos de Serra; si no lo es, los versos, por muy bonitos que sean, no darán á la pintura un adarme más de mérito.

— Bien, bien, dejemos esas puerilidades... Voy viendo por el catálogo que la Exposición de este año es, cuando menos, rica en cuanto á la cantidad de las obras presentadas. Me contentaré con repararlas por sus títulos mientras llega el momento de examinarlas directamente.

— Eso es lo que quiero, que me lleve usted consigo, y de esa manera aprovecharé sus observaciones.

— De poco te podrán valer no siendo, como no soy, inteligente en estas obras artísticas. Y ten en cuenta, amigo Roque (pero no lo digas á nadie), que la inmensa mayoría de los críticos de café y aun de la Prensa que dan ó quitan reputaciones á los pintores, no saben mucho más que yo de estas materias. Pero es entre nosotros cosa muy usual y corriente distribuir aplausos ó censuras en tono de autoridad, sin más estudios ni conocimientos que esas nociones vulgares que se adquieren leyendo las revistas del *Salón* en los folletines de los periódicos de París, visitando de cuando en cuando el *estudio* (en tiempo de Murillo se llamaba *taller*) de algún pintor de menor cuantía, ó gastando una hora cada mes en recorrer las salas de la Exposición Bosch. Con esto, un poco de la tecnología del arte, algo de ingenio y mucho de osadía, se despacha á su gusto cualquier crítico *en esbozo* y se erige en sumo sacerdote del templo de las artes.

— Pero, señor, los verdaderos inteligentes descubrirán la hilaza y desautorizarán al crítico falsificado.

— No suele suceder eso sino en casos excepcionales, porque los verdaderos inteligentes se desdennan de discutir con los *aficionados* de tal estofa, y porque al fin y al cabo el vulgo (que lo constituimos el noventa por ciento de los que pretendemos saber algo) acoge con mayor fruición las aceradas censuras y sangrientos chistes de los críticos de pacotilla que los fríos razonamientos y serenas observaciones de los hombres de ciencia... Pero estoy gastando el tiempo inútilmente en hablarte de lo que no te importa... Sigo repasando el catálogo, y advierto que en la actual Exposición se refleja, aun más á lo vivo que en las anteriores, el carácter de nuestra época y se van marcando más fuertemente los derroteros del arte moderno.

— ¿Por qué dice usted eso, señor?

— Porque entre las *setecientas noventa* obras presentadas en las secciones de pintura y escultura, apenas hallo, en el rápido examen que voy haciendo del catálogo, algunas que puedan calificarse verdaderamente de obras serias. La inmensa mayoría la constituyen asuntos triviales, bodegones, flores, frutas, paisajes, estudios, escenas de la vida familiar, tipos locales, episodios subalternos y, sobre todo, una verdadera granizada de retratos de todos los géneros de pintura conocidos...

— En efecto, en lo poco que he visto de la Exposición, recuerdo que me ha chocado tanta cabeza...

— Como que, si no me he equivocado en la cuenta, llegan á *ochenta y nueve* los retratos en pintura y escultura... La verdad me parecen demasiados retratos. En cambio, creo que no pasan de una docena los cuadros inspirados en asuntos religiosos...

— Como que debe ser muy difícil eso de pintar vírgenes, y santos y frailes...

— No, Roque, no es más difícil para pintores de altos vuelos, como son muchos de los que figuran en este catálogo; lo que es difícil en nuestro tiempo es *sentir* esos asuntos, y no sintiéndolos es imposible darles forma y vida en el lienzo... Pero ya hemos charlado bastante de una Exposición que no hemos visto más que por el forro, como suele decirse, por el catálogo; que viene á ser lo mismo que si quisiéramos juzgar de una batalla por el humo de los cañonazos. Dejémoslo hasta mejor ocasión y sírveme la comida, que ya ha pasado con exceso la hora.

— Tiene usted razón, y yo también advierto cierta debilidad de estómago, sin duda por efecto del paseo á la Exposición.

— No lo atribuyas al ejercicio corporal que has



hecho, sino más bien á que, habiendo ido á ver la Exposición, te has quedado en ayunas.

BLAS.

## LOS HERMANOS RATISBONA

EL PADRE M. L. I. TEODORO DE RATISBONA



L. P. Ratisbona que acaba de morir, nació en Strasburgo el 28 de Diciembre de 1802. Su abuelo paterno, Cerf Beer de Medeleheim, conocido en la Alsacia por el generoso uso que hacía de una inmensa fortuna, había obtenido del rey Luis XVI grandes privilegios y títulos de nobleza. Su padre, rico banquero establecido en Francia desde principios del siglo y presidente del Consistorio israelita de Strasburgo, tuvo diez hijos.

Teodoro de Ratisbona recibió una educación esmerada y fué destinado á la carrera de la Hacienda, como todos los miembros de su familia; sin embargo, no pudo tomar gusto á las operaciones de la banca; operábase en el fondo de su conciencia un trabajo misterioso. Vivía sin religión, pero su ánimo se hallaba incesantemente preocupado por graves cuestiones. Con la esperanza de colmar aquella sed de luces dirigióse á los afiliados en la masonería, á los filósofos del siglo XVIII, y particularmente consultó las obras de Rousseau, de Voltaire y de Volney, que tanto ruido hacían durante los primeros años de la Restauración. La enciclopedia no fué más afortunada que la francmasonería en cuanto á ilustrar y fijar las ideas del joven estudiante, que con recto corazón iba en busca de la verdad. Usando de su derecho, frecuentando en su consecuencia los cursos de Medicina de la Facultad de Strasburgo, el joven Ratisbona descubrió las principales verdades de nuestra religión; y por último, tocado por la gracia, convencido de la verdad del Evangelio, pidió y recibió el bautismo el Sábado Santo del año 1827.

No obstante, su conversión permanecía velada por el misterio. En el exterior continuaba viviendo como antes, ocupándose activamente en la suerte de los israelitas y en el progreso de sus escuelas. Además continuaba cultivando la filosofía y la literatura, y sometía á la sociedad académica de su provincia un trabajo que mereció ser coronado.

Pero el neófito tenía el presentimiento de su destino, y todos sus trabajos, sus esfuerzos é ideas tenían principalmente por objeto la vuelta del antiguo pueblo de Dios y la salvación del rebaño de Israel. Después de una larga y dolorosa lucha sostenida en interés de las obras á que se había consagrado, Teodoro de Ratisbona acabó por romper ostensiblemente con la Sinagoga. Al mismo tiempo abandonaba el mundo para dirigirse á Molsheim, donde Mons. el Papa de Trevern había reunido algunos jóvenes eclesiásticos, y allí fué donde hizo sus estudios teológicos. Al cabo de dos años de estudios formales el clérigo Ratisbona fué ordenado de sacerdote en el mes de Diciembre de 1830, y poco tiempo después empezó á ejercer el santo ministerio con el título de vicario libre de la catedral de Strasburgo. Allí fundó un catequismo de perseverancia que produjo inmenso bien á la sociedad strasburgense. A principios del año escolar 1830-31, el obispo de Strasburgo encomendó la dirección de su pequeño Seminario á Mr. Bautain, que fué secundado en sus tareas por el clérigo Ratisbona. Después de cuatro años de trabajos coronados con el mejor éxito el joven eclesiástico dejó el pequeño Seminario, y hasta emprender su marcha á París en 1840 continuó dedicándose á la enseñanza de la juventud en una grande escuela frecuentada por los hijos de las principales familias de la ciudad. Al mismo tiempo reunía y coordinaba los materiales para escribir una *Historia de San Bernardo y de su siglo*, libro que alcanzó grande y merecido éxito.

En 1840 verificáronse notables cambios en la pequeña sociedad que había vivido unida y laboriosa en el retiro y el silencio de Strasburgo. El clérigo Ratisbona, á quien su vocación por el ministerio de las almas, y particularmente por la predicación, llamaban á París, entró en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, en la que fué agregado como subdirector de la archicofradía del Sagrado Corazón de María.

Mientras el sacerdote Ratisbona secundaba maravillosamente en su santo ministerio al respetable cura de Nuestra Señora de las Victorias, el sacerdote Desgenettes, ocurría en Roma un suceso maravilloso que venía á poner término á las incertidumbres que habían reinado hasta entonces sobre cómo consideraba Dios el comportamiento del clérigo Ratisbona respecto de los judíos.

Había dejado en Strasburgo á su hermano más

pequeño, Alfonso de Ratisbona, que contaba veintiseis años de edad cuando el clérigo Ratisbona abandonó su ciudad natal para ir á establecerse en París.

Durante muchos años Alfonso no tuvo relación alguna con Teodoro, cuya conversión consideraba como locura inexplicable. Destinado á suceder á su padre en su importante casa comercial, Alfonso de Ratisbona se ocupó formalmente en los negocios; pero pronto su delicada salud le obligó á suspender sus tareas para emprender un viaje en busca de un clima más suave que el de la Alsacia. Resolvió dirigirse á Nápoles, con el intento de pasar el invierno en Malta y regresar por Oriente. Con este objeto embarcóse en Marsella, y después de pasar un mes en Nápoles llegó á Roma el 6 de Enero de 1842. En esta bendita ciudad le esperaba la gracia.

Mr. de Ratisbona visitó desde luego las maravillas de Roma y sus notables iglesias, sin que nada de esto le conmoviese lo más mínimo. Hallábase ya en vísperas de abandonar la capital del mundo cristiano, cuando trabó relaciones con Mr. de Bussiére, el cual, educado en el protestantismo, había abjurado sus errores abrazando la religión católica. No tardaron los dos compatriotas en hacerse íntimos amigos, y Mr. de Bussiére formó desde entonces la resolución de conducir á Dios á aquel amigo á quien tan entrañablemente amaba.

Hé aquí, según el relato del mismo P. de Ratisbona, cómo se las compuso Mr. de Bussiére para salir airoso en la grande empresa que acometía.

Después de larga discusión entre ambos amigos, animado Mr. de Bussiére de una inspiración divina, exclamó:

— «Finalmente, puesto que detestáis la superstición y profesáis doctrinas tan liberales; puesto que sois un espíritu tan fuertemente ilustrado, ¿tendríais valor para someteros á una prueba muy inocente?»

— «¿Qué prueba es ésa?»

— «La de llevar sobre vos un objeto que voy á daros: una medalla de la Santísima Virgen. ¿No es verdad que esto os parece ridículo? Por mi parte, doy gran valor á esta medalla.

«La proposición, confiesa Mr. de Ratisbona, admiróme por su singularidad: no esperaba semejante salida. Mi primer impulso fué soltar la carcajada encogiéndome de hombros. Pero ocurrióme la idea de que esta escena suministraría un delicioso capítulo á mis impresiones de viaje, y consentí en tomar la medalla como una pieza de convicción que ofrecería á mi prometida. Púsome la medalla al cuello, y al punto exclamé soltando la carcajada:

— «Cátame católico apostólico romano hecho y derecho.

«Aquí profetizaba el demonio por mi misma boca.

— «Ahora, añadió Mr. de Bussiére, es preciso completar la obra. Trátase de recitar por mañana y tarde el *Memorare*, oración muy breve y eficaz que San Bernardo dirigía á la Virgen María.»

Mr. de Ratisbona hizo mofa de todo corazón de las palabras de su amigo, lo cual no fué obstáculo para que en medio de sus preparativos de marcha para Oriente repitiese incesantemente las palabras del *Memorare*, según cuenta el ilustre convertido, como esos aires musicales que nos acosan é impacientan, y que uno tararea á pesar suyo y por muchos esfuerzos que haga en contrario.

Sin embargo, accediendo á los reiterados ruegos de Mr. de Bussiére, el joven israelita consintió en prolongar su permanencia en Roma en su compañía visitando las principales iglesias de Roma, pero sin sentir los efectos de la gracia divina. Por último, el 18 de Enero — fecha para siempre memorable — Mr. de Bussiére le hizo entrar en la iglesia de San Andrés, donde se hacían los preparativos para celebrar las exequias del conde de la Ferronnays.

«Ningún objeto de arte, refiere el mismo P. Ratisbona, me llamaba la atención en esta iglesia, y maquinalmente recorría con la vista cuanto me rodeaba. En un instante nada ví ya... ó más bien ¡oh Dios mío! ¡sólo ví una sola cosa! La palabra humana no podría explicar lo que por mí pasó en aquel momento. Hallábame allí, postrado de rodillas, inundado de lágrimas, con el corazón fuera de mí mismo, cuando Mr. de Bussiére me hizo volver á la vida; nada podía responder al torbellino de preguntas que me dirigía, pero, por último, cogí la medalla que había dejado sobre mi pecho, y besé con efusión la imagen de la Virgen, brillante de gracias...»

A partir de este día Alfonso de Ratisbona se hizo un hombre nuevo, y sólo suspiraba ya por la gracia del bautismo. El Rdo. P. Roothan, Superior general de los Jesuitas, enseñándole las sublimes verdades de la religión, halló el terreno suficientemente preparado. La Santísima Virgen había tomado á su cargo, en el momento mismo de su conversión, quitarle la venda que cubría sus ojos y dejarle entrever el sentido y espíritu de los dogmas. Por último, el 31 de Enero se administró el bautismo al nuevo

convertido por el Cardenal Patrizzi en la iglesia de Jesús. El neófito fué asistido por el Rdo. P. de Vilefort, que le había preparado para este gran acto, y por el barón Teodoro de Bussiére, su padrino, que le dió los nombres de *María Alfonso*. Después del bautismo fué confirmado el joven, é hizo su primera comunión. Pronto fué pública esta conversión en todo el orbe católico, donde produjo profunda y legítima impresión.

Apenas hubo ingresado en el seno de la Iglesia, Alfonso de Ratisbona resolvió propagar entre los israelitas el conocimiento de la verdad. Comunicó esta inspiración á su hermano, que permanecía en París, y le conjuró á que comprase en su nombre una casa para dar enseñanza en ella á niños israelitas y proporcionarles el beneficio de la regeneración. El sacerdote Ratisbona vaciló en un principio en acceder á los deseos de su hermano; pero el mismo Dios se encargó de demostrarle la utilidad de este establecimiento. Conmovidas muchas señoras por el relato de la conversión que se había verificado en Roma, fueron á verse con el sacerdote Ratisbona y le confiaron sus hijos para que les enseñasen á conocer la religión cristiana; no tardó este núcleo en tomar un aumento considerable. Las jóvenes atraíanse unas á otras comunicándose los dulces consuelos que les proporcionaba la enseñanza cristiana. Fueron colocadas éstas provisionalmente en el Obrador de la Providencia, dirigido por las Hermanas de San Vicente de Paul.

No obstante, la obra no estaba completa todavía: era preciso encontrar madres espirituales que se interesasen particularmente por la salvación de los judíos y que se dedicasen á la enseñanza de tantos hijos nuevamente nacidos á la Iglesia. En Roma fué donde había brotado la primera idea de la obra, y allí también donde debía recibir su consagración.

En el mes de Junio de 1842 trasladóse á Roma el sacerdote Teodoro de Ratisbona, y después de ponerse de acuerdo con su hermano, quien dedicándose al sacerdocio, hacía entonces sus estudios teológicos, pidió al Padre Santo que se le confiase la misión especial de trabajar por la conversión de las ovejas dispersas del rebaño de Israel. Gregorio XVI acogió este propósito, y levantando sus dos manos sobre la cabeza del misionero, dióle su apostólica bendición.

La gracia emanada de la silla de San Pedro produjo inmediatamente sus frutos. Multiplicáronse las conversiones por medios maravillosos, y al mismo tiempo algunas piadosas cristianas concibieron la idea de reunirse para trabajar en su propia santificación, consagrándose principalmente á la regeneración de los judíos. Ellas reunieron en torno suyo á las almas conquistadas ya, admitieron además á gran número de otras, y en el mes de Mayo de 1843 echaron los fundamentos de un primer establecimiento.

Sostenida por la protección de lo alto, la naciente comunidad hizo tan rápidos progresos que dos años después la primera casa no bastaba ya para llenar su objeto. Adquirióse, pues, una nueva casa más extensa en el número 11 de la calle del Regard. No tardó la nueva familia en tomar la forma, la regla y las tradiciones de su vida religiosa, y púsose bajo el patrocinio de *Nuestra Señora de Sión*.

Durante este tiempo, María Alfonso de Ratisbona terminaba sus estudios. Ordenado de sacerdote en 1847, vino inmediatamente á París y consagró el resto de sus días á la regeneración de sus hermanos en Israel. Por sus gestiones, la comunidad de sacerdotes misioneros de *Nuestra Señora de Sión* se instituyó canónicamente por la autoridad diocesana, y recibió de Roma plena y completa aprobación. Dos jóvenes sacerdotes, asimismo israelitas de nacimiento, discípulos distinguidos de San Sulpicio, los PP. José y Agustín Lemann de Lyon, cuya conversión edificó á la Iglesia, uniéronse á los dos hermanos Ratisbona en la misma vocación y el mismo pensamiento. Otros sacerdotes nacidos cristianos ingresaron en la naciente comunidad, la cual, dirigida durante más de treinta años por el Padre Teodoro de Ratisbona, fué fértil en bendiciones. Es incalculable el número de conversiones que á ella se deben, é incalculable también la pérdida que acaba de experimentar la comunidad de la calle Duguay-Trouin. Pero Dios, que siempre veló sobre el P. Ratisbona, no abandonará su obra, por otra parte establecida sobre bases sólidas é indestructibles, y que su hermano Alfonso ha transportado á Jerusalén, donde trabaja con tanto celo como buena fortuna en la santificación de los israelitas de Tierra Santa.



EL RDO. P. MARÍA ALFONSO DE RATISBONA

Obsérvese en ocasiones, así en la vida de la Iglesia como en la de los pueblos, una corriente magnética de heroísmo, de talento, de gloria y de virtud, como ¡ay! existen también para aquélla y para éstos horas dolorosas de postración, de decadencia y de crímenes. Y, consignémoslo con gratitud, particularmente después de estos desastrosos períodos que afligen á la Iglesia es cuando Dios suscita almas privilegiadas que elige donde quiera, así en la herejía como en las tribus errantes de Judá y de Israel, para consolarla de la apostasía de sus hijos ingratos que hieren y destrozan el seno de su madre.

No nos sería posible mencionar aquí todos los nombres ilustres de los personajes convertidos que este siglo ha engendrado para gloria del Catolicismo: á los Newman y á los Wiseman, debemos añadir los Reuvard, de Bussiére, Sibermann, de Bautain, de Bonechosc, Dracke, los hermanos Leman, el P. Hermann, los dos hermanos Ratisbona y tantos otros. Una mujer de gran corazón y noble inteligencia fué la que ejerció en Strasburgo, la antigua ciudad episcopal y alsaciana, el influjo cristiano y generoso que la Sra. Swetchéne supo imitar en París en un cenáculo de pensadores y oradores y de escritores católicos.

Strasburgo es una ciudad ilustrada, célebre en los pasados siglos por su Universidad, que produjo los nacientes genios de Alemania, como Goethe, Herder, Engel, Fung-Stilling y otros. Pero la antigua savia prestaba á Strasburgo una exuberancia de vida, de jugo intelectual que da á la raza alsática una fisonomía enteramente particular, una potente fuerza de imaginación y de creación para artes, ciencias y letras. Por otra parte, era Strasburgo una excelente ciudad cosmopolita, donde los cardenales de Rohan que se sucedieron en el trono episcopal habían atraído cuanto Europa contenía de grandezas y talentos. Nuestra antigua ciudad de Arbogast y de Clodoveo servía de lazo de unión entre Francia y Alemania, y había sabido apropiarse las cualidades de los dos pueblos, tan distintos uno del otro. Los judíos abundaban allí desde la Edad Media, sólo que habían roto ya las cadenas de su Ghesco, y no se encontraban ya acotados en la calle de los judíos, pero ocupaban mucho lugar en la banca, la industria y el comercio. Entre las familias distinguidas de Israel distinguíase la de los Ratisbona, en la que se transmitían de generación en generación las virtudes patriarcales de sus antepasados. La caridad de estos ricos banqueros era inagotable, lo mismo para con los cristianos que para con los israelitas. Para recompensársela ennobleciólos Luis XVI, de santa memoria, y les concedió diferentes privilegios. Pero si el Rey recompensaba de esta manera á sus súbditos, ¿no debía abrir para esta familia el tesoro de sus insignes gracias el Rey de los cielos, que ha prometido no dejar sin recompensa al que diere un vaso de agua en su nombre, y á los bienes de la tierra que les había prodigado añadir los del cielo?

Hemos visto á María Teodoro abandonar joven aún la casa paterna, su ciudad natal y su brillante porvenir para consagrarse enteramente á su Dios y espirar, hace algunos meses, después de haber consagrado á la caridad y á la salvación de las almas ochenta años bien empleados. Su conversión había excitado la cólera y los desprecios de su joven hermano, que calificaba de absurdo y ridículo un cambio de religión en pleno siglo XIX, bajo el reinado de la razón pura y en el que parece darse poca importancia á que el Sér Supremo se llame Allah, Jehová ó Cristo. Engolfado en una vida de placeres y ocupado en los negocios de su padre, este joven israelita, buen mozo, elegante, instruido y rico, se codeaba con todos los jóvenes de las principales familias de Strasburgo.

Desposado con su prima, y mientras llegaba el momento del matrimonio fijado por su familia, trasladóse á Italia á fin de restablecer su quebrantada salud. La Providencia hizo que en Roma encontrase un amigo, condiscípulo suyo, G. de Bussiére; este joven luterano le puso en relación con su tío, M. de Bussiére, el ilustre convertido. Este gran cristiano, el amigo de Luis Veuillot, tomóse un interés muy particular en favor de este joven judío tan bien dotado; recomendólo á las oraciones de todos sus amigos, y sobre todo de la familia de la Ferronnays, que en 1830 fué desterrada á tierra extranjera. El antiguo ministro de Carlos X se tomó también el mayor y más vivo interés en favor de esta alma, hasta ofrecer su vida en sacrificio para rescatarla.

No os repetiremos en este lugar el milagro de María y de la medalla de la Inmaculada Concepción; os hemos hablado ya de esto hace muy poco. Pero acordaos de que fué yendo con Mr. de Bussiére á disponer las exequias de la Ferronnays, muerto repentinamente, cuando el joven Ratisbona fué converti-

do en un instante, herido á los pies de María, como Saulo en el camino de Damasco. Esto sucedía en 1842.

Desde entonces, todos sus días, sus horas todas fueron consagradas á Dios y á la salvación de sus hermanos los israelitas. Y en la misma Jerusalén, en aquella casa de Sión fundada por él, ha sido donde acaba de dormirse en el Señor, yendo á reunirse en la eternidad con aquel hermano que le había precedido en las oraciones y alcanzado de Dios á fuerza de lágrimas, de fe y de sacrificios. Los dos han muerto ya; pero su obra y su memoria bendecidas vivirán también tanto tiempo como el mundo, y todas las almas rescatadas y salvadas por ellos les tejrán una hermosa corona en la eternidad.

OSCAR HAVARD.

## LOS GRABADOS

LOS HERMANOS RATISBONA

(Véase el artículo correspondiente.)

ALDABÓN DEL DEMOLIDO PALACIO DE MOSSEN SOREL EN VALENCIA

(Véase el artículo del Sr. Lázaro.)

LA SELVA EN FLOR

No hay estación más risueña que la primavera cuando los árboles, cubiertos de flores, embalsaman el aire con sus exquisitos aromas. Los poetas han dedicado á esta resurrección anual de la naturaleza sus más bellos cantos, y hasta la religión ha puesto en estos meses sus fiestas más alegres.

Nuestro grabado representa una selva en flor, cuadro bellísimo que no necesita ser pintado con colores para recrear nuestra imaginación con sus encantos, superiores á todo encomio, especialmente para los que vivimos enjaulados en estas grandes ciudades, en que todo es artificial y hasta la naturaleza se halla falsificada. Un poeta amigo nuestro, el Escolapio P. Torres, ha descrito estas impresiones en el siguiente soneto:

Rodéada de mágicos fulgores,  
Cuando llega gentil la primavera,  
Natura, reviviendo placentera,  
Suspira delicada sus amores.

De verdes plantas y aromadas flores  
Luego se viste el campo y la pradera,  
Y suben esparcidos á la esfera,  
Tributo al Hacedor, gratos olores.

Por los valles y montes se difunde  
Germen de vida; su apagado trino  
Renueva el ruiseñor, el gozo cunde.  
Y, esperando el hombre, con divino  
Plectro repite: — Si la Parca me hunde,  
Renacer de la tumba es mi destino. »

SAN AGUSTÍN, DOCTOR DE LA IGLESIA

Estatua de Leóni en el altar mayor del Escorial.

## SAN PEDRO DE CARDEÑA

(Conclusión.)

En su iglesia, cuyas altas bóvedas recuerdan la elevación que las ideas civilizadoras iban tomando en el siglo XV, se hallan, junto al altar mayor, los sepulcros que contienen los restos mortales de la reina doña Sancha, fundadora de este monasterio, como se ha dicho, de su hijo Teodorico, del conde García-Fernández de Castilla, hijo del gran conde Fernan-González, y finalmente, de doña Ana, mujer de García-Fernández ó García Fernández, y nieta del emperador D. Enrique, cuyas arcos sepulcrales tienen los epitafios siguientes: — 1.<sup>a</sup> Regina catholica doña Sanctia; Theodorici Italiae Regis conjux; prima, quae monachos in Iberiam vocavit<sup>1</sup>, et hoc construxit coenobium, obiit era DLXXX. — 2.<sup>a</sup> Theodoricus infans, Sanctiae filius, hic et obiit et conditus est simulque caenobium constructum era DLXXV. — 3.<sup>a</sup> Aquí yace García Fernández, conde de Castilla, hijo del gran conde Fernan-González. Finó era MXXXIII. — 4.<sup>a</sup> Aquí yace la condesa doña Ava, mujer del conde García-Fernández y nieta del emperador D. Enrique.

La capilla lateral de la epístola es, aunque pequeña, muy elegante y pertenece al estilo de arquitectura ojival florido, que por estar sobre ella la torre y

no haber sido derribada ésta es el único resto que quedó de la iglesia antigua, pues la actual es de estilo gótico; pero, según dicen los maestros de obras, es de lo excelente y primoroso de aquellos tiempos en que se edificó, que tuvo principio en el año de Jesucristo 1447, reinando en Castilla Juan II y siendo abad de este monasterio D. Pedro del Burgo, hijo propio del de Sahagún, en donde estaba enterrado en un sepulcro magnífico y de labor muy costosa<sup>1</sup>.

En la inmediata, sobre cuya entrada se lee primorosamente la inscripción que sigue:

Capilla de los condes é ilustres varones.

Y sobre ella tiene una tarjeta que dice:

Filii Sion incliti... reputati sunt in vasa testea.

(Thren. 4, 2.) es decir: «Los inclitos hijos de Sión, que vestían de tisú de oro, cómo son ya mirados cual si fuesen vasos de barro, obras de alfarero!» En cuyo recinto se daba culto á San Sisebuto, Abad de este monasterio, y en el centro del cual subsisten aún los sepulcros que servían de descanso á los restos mortales del héroe de Castilla, Rodrigo Díaz de Vivar, por otro nombre el Cid Campeador, y de su mujer doña Jimena Díaz<sup>2</sup>, si bien vacíos desde la translación á Burgos de los restos que contenían, verificada en 19 de Junio de 1842<sup>3</sup>, cuyos sepulcros están unidos y su asiento es sobre un zócalo de cuarenta y siete centímetros de altura; por los costados de su longitud tienen las inscripciones siguientes:

«Quantum Roma potens bellicis extollitur actis,  
Vivax Arthurus fit gloria quanta Britanis,  
Nobilis e Carolo quantum gaudet Francia magno,  
Tantum Iberia duris Cid invictus claret.»

«Cuanto se sublimó la poderosa Roma por las bélicas hazañas de sus capitanes.

Cuanto honra á la Gran Bretaña la gloria inmortal de Arturo.

Cuanto se ennobleció Francia con las heroicas acciones de Carlomagno.

Tanto ilustró á España el Cid, nunca vencido aun de los más valientes campeones.»

La caja sepulcral no aparenta por el exterior tener división, lo mismo que todo el cenotafio, con relieves de trofeos militares de armas y una lápida á los pies que dice: «Estos cuerpos del Cid y su mujer se trasladaron de la capilla mayor á ésta con facultad real de nuestro católico monarca Felipe V, año 1736.» El costado longitudinal de la parte del Cid tiene el escudo de armas de su padre, que son las de Laín Calvo, y á su cabecera otro que le agregó D. Alfonso el Sabio, que se compone de una cadena que le circuye un campo, y pendiente de ella, en la parte más elevada, la cruz de las batallas apoyada sobre otra cruz que forman dos espadas (la tizona y la colada), cuyas guarniciones se sostiene en los costados inferiores de la cadena. El costado de la parte de doña Jimena, que es el izquierdo, tiene por escudo un león rapante y en la cabeza un castillo, que es el de los Condes de Castilla, con la diferencia que á éste le circuye una cadena como al del Cid. Debajo de los escudos de la cabeza hay una lápida en que se lee:

«En el año de 1809 llevaron los franceses de aquí á Burgos este sepulcro y restos contenidos, donde permanecieron hasta el 30 de Julio de 1826, en que fueron restituidos con grande solemnidad al mismo sitio.»

Las losas que cubren los sepulcros tienen también sus inscripciones en el canto; la del Cid dice en caracteres góticos:

«Belliger invictus famosus Marte triumphus clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus 4: cuyas tres últimas palabras, que nos suministra la obra del P. Berganza, no pueden leerse por haberse cubierto al tiempo de unirse ambos sepulcros. Estos versos fueron compuestos por el mismo D. Alfonso el Sabio. La losa del sepulcro de doña Jimena dice en caracteres romanos: — «Doña Ximena Díaz, mujer

<sup>1</sup> Véase sobre esto la historia del P. Berganza, tomo II, pág. 224, n. 162. D. Juan II, hijo de Enrique III el Doliente, fué enterrado (1454) en la Cartuja de Miraflores, próxima al monasterio de Cardena, que como centinelas avanzados parecen que hacen la guardia á la catedral de Burgos ó advierten al viajero las preciosidades que se encierran en tan estupenda maravilla.

<sup>2</sup> A ésta y á sus hijos acogió este monasterio cuando fué desterrado el Cid por aborrecimiento de los grandes y ricos hombres. (Mariana, lib. IX, cap. II.)

<sup>3</sup> Téngase esta tradición presente contra el parecer de Mariana, lib. X, cap. IV. «Si por ventura, dice, no son sepulcros vacíos, que en griego se llaman cenotafios, á lo menos algunos de ellos, que adelante los hayan puesto en señal de amor y para perpetuar su memoria...» Flórez. (España Sagrada, tomo XXVI, folio 173, cap. I) afirma que San Pedro de Cardena tiene el venerable cuerpo del Cid. Lope de Frías (Abad de Cardena) escribió la historia de este monasterio hasta el año 1543, y falleció en el 1558, donde se pueden hallar noticias sobre este particular.

<sup>4</sup> Obiit era M.C.XXXVII (1099).



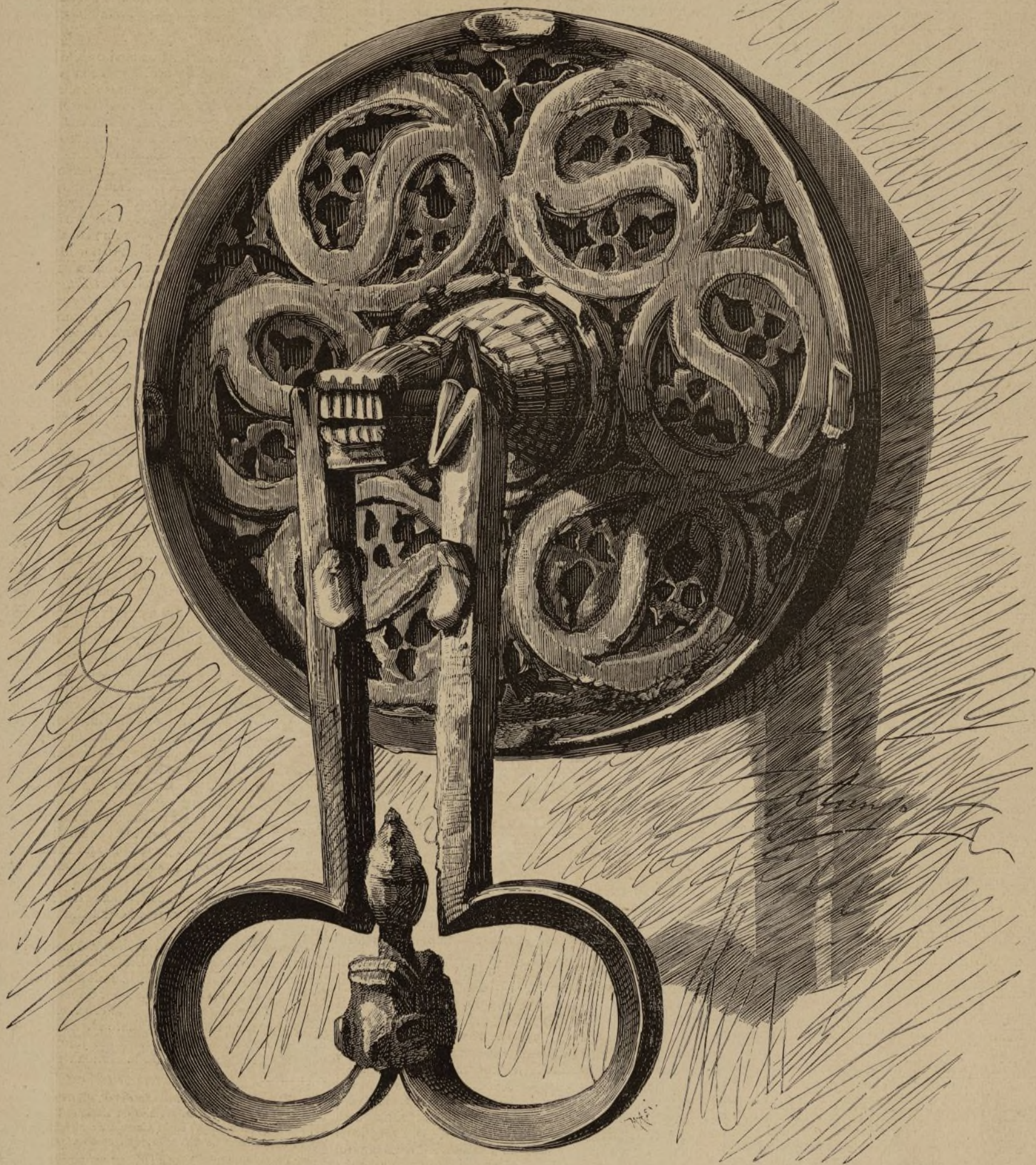
del Cid, nieta del *Emperador*, digo del Rey D. Alonso V de León. »

Sobre estas dos losas sepulcrales se hallan las estatuas de los dos esposos. La del Cid, tendida, le representa cubierto de su armadura y casco con plumas; pendiente del cuello tiene la cruz de las batallas, y se extiende desde el pecho á los pies su tizona arrollada con el tahalí, abraza su empuñadura

con su mano derecha, y la izquierda abierta, descansa sobre el tercio de su longitud; los pies se apoyan en un león echado, y la cabeza sobre dos almohadas. La situación de la estatua de doña Jimena es igual á la del Cid; su traje es largo con peto y toca que le cubre la cabeza y cuello á lo monja; la posición de las manos es igual, con la diferencia de abrazar un rosario tendido en la misma forma que la ti-

zona del Cid; á su izquierda, en los pies, tiene un perrito de lanas.

Estando al pie de estos sepulcros, y revolviendo interiormente los pensamientos que á un español sugiere su vista, comparaba la grandeza humana con la nada que miraba, diciendo: ¡Aquí está el cuerpo de aquel héroe cuya espada venció en la Rioja á cinco Reyes moros, el que se opuso á las pretensio-



ALDABÓN DEL DEMOLIDO PALACIO DE MOSSEN SOREL EN VALENCIA.

nes de todo el Imperio de Alemania, el que hizo tributarias á Sevilla, Granada y á Toledo; el que tuvo bastante valor entre todos los Grandes de Castilla para obligar á Alfonso VI á jurar por tres veces en Santa Gadea que no tomó parte en la muerte de su señor D. Sancho, dada traidoramente en Zamora por el astuto Vellido Dolfos! El que fué proclamado libertador de la patria; el terror y espanto del aga-

reno, el defensor de la cristiandad... el que después de haber vencido á todos sus enemigos, se venció también á sí mismo olvidando su destierro y conquistando nuevos reinos para su enojado rey, Alfonso VI. Victoria las más grande entre todas las que le atribuye la historia. El que...

Absorto en estos pensamientos estaba yo, y no sin extrañeza de mi buen amigo D. Pedro Aenlle y Va-

lledor, último monje que guardó estos sepulcros, y á quien se debe atribuir estas breves noticias que el amor patrio me obliga á repetir, cuando interrumpió mi silencio con el siguiente soneto que una musa castellana, pisando la misma tumba, compusiera el año 1842 de esta manera:

Salve, nombre del Cid, sombra gigante;  
Yo te acato en tu tumba abandonada;





LA SELVA EN FLOR.



Que á quien tanto por Dios vibró su espada,  
Sólo el templo de Dios tumba es bastante.

En vano el siglo intentara arrogante,  
Después que ha profanado tu morada,  
Erigir á tus restos tumba alzada,  
Columna que hasta el cielo se levanta...

El vandálico siglo que ha perdido  
Cuanto del gran Gonzalo nos quedaba,  
De guarda fiel el galardón desdén,

Y por sus propios hechos desmentido  
Verá buscar al héroe donde estaba

En su tumba, en San Pedro de Cardeña.

Esta capilla de que estamos hablando, contiene en sus paredes laterales, á derecha é izquierda, veintiséis urnas sepulcrales de los enterramientos de <sup>1</sup> D. Ramiro Sánchez, rey de Navarra, yerno del Cid; doña Elvira, reina de Navarra, hija del Cid; Diego Rodríguez, hijo del Cid, al cual mataron los moros en la hacienda de Consuegra <sup>2</sup>; doña Teresa, mujer de Diego Lainez, hija del conde Nuño Álvarez, madre del Cid; D. Ordoño, sobrino del Cid; Martín Peláez, el asturiano; el conde D. Pedro, hijo del gran conde Fernán González y hermano del conde Garcí-Fernández; D. Nuño Álvarez de Lara; Hernán Cardeña, caballero del Cid; Fernando Díaz, hermano bastardo del Cid; Alvaro Álvarez, sobrino del Cid; doña Juliana Antón, hija de Antón Antolínez de Burgos y mujer de Fernando Díaz; Fernán González, hijo del conde D. Pedro y nieto del conde Fernán González; D. Ramiro, rey de León, hijo del rey D. Alfonso el Magno; doña María Sol, reina de Aragón, hija del Cid; D. Sancho, rey de Aragón, yerno del Cid; D. Diego Lainez, padre del Cid; doña Fronilde, hija del conde Fernán González; D. Alvar Fáñez Minaya, capitán del Cid, y su primo Laín Calvo, primer juez de Castilla; doña Gómez de Gormaz; Fernando Alonso, sobrino del Cid; Pedro Bermúdez, sobrino del Cid y su capitán; Martín Antolínez, sobrino del Cid; Bermudo Sandínez, y en fin, D. Gonzalo Nuño, hijo del conde D. Pedro y nieto del gran conde Fernán González, cuyos veintiséis sepulcros, que están embutidos en las paredes de dicha capilla, tienen los escudos ó blasones siguientes: don Ramiro Sánchez, rey de Navarra, yerno del Cid, tiene por armas un escudo partido por medio de arriba abajo; el lado derecho está dividido en dos partes al través: en la superior están las cadenas cruzadas en campo de sangre, que son las armas de Navarra; en la inferior están flores lis, y en su lado izquierdo están las armas del Cid, que son una cadena dorada cercado un campo verde; tiene corona sobre el sepulcro; doña Elvira, reina de Navarra, hija del Cid, tiene por armas cuatro bandas negras en campo de oro, tres coronas de oro en campo de gules, un león con un hacha de armas en campo de plata, y otro león rapante en campo de oro, cada uno en su cuadro. Estas armas, según Esteban de Garibay, son las que usaron los reyes godos <sup>3</sup>; tiene corona este sepulcro; Diego Rodríguez, hijo del Cid, tiene por armas una cadena de oro que cerca un campo sinople, que son armas de su padre; doña Teresa, madre del Cid, tiene un león rojo rapante en campo de plata <sup>4</sup>; D. Ordoño, sobrino del Cid, tiene un escudo partido de arriba abajo; en el lado derecho están las armas del Cid y el lado izquierdo está dividido en dos partes al través: en la parte superior está una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior una flor de lis en campo de sangre; Martín Peláez, el asturiano, tiene un brazo armado con una espada en la mano, la punta hacia arriba, en campo de sangre; el conde D. Nuño Álvarez de Lara, tiene dos calderas de oro con serpientes en campo de gules; el conde D. Pedro, hijo del conde Fernán González, tiene un castillo en campo de sangre; Hernán Cardeña, tiene un escudo partido de arriba abajo: en la parte derecha tiene las armas del Cid, y en la izquierda cuatro hojas de plata en campo colorado; Fernando Díez tiene un escudo cuarteado y contrapunteados leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro, que son las armas de Laín Calvo; Alvaro Álvarez, tiene las mismas armas que Fernando Díaz; doña Juliana Antón, hija de Antón Antolínez de Burgos y mujer de Fernando Díez, tiene un escudo cuarteado y contrapuestas dos flores de lis en campo de sangre, y dos cruces de oro en campo blanco; Fernán González, hijo del conde D. Pedro y nieto del conde Fernán González, tiene un castillo en campo de sangre y encima una cruz de plata en campo de gules, insignia de los condes soberanos de Castilla; D. Ramiro, rey de León, tiene un león rojo rapante en campo de plata, y sobre el sepulcro una corona; doña María Sol, hija del Cid, tiene un escudo cuarteado y contrapuestas las armas de Aragón con las del Cid, y sobre el sepul-

cro una corona; D. Sancho, rey de Aragón, yerno del Cid, tiene las armas de aquel reino, que son unas barras de oro en campo de sangre; tiene corona este sepulcro; D. Diego Lainez, padre del Cid, tiene las armas de Laín Calvo; doña Fronilde tiene un castillo en campo de sangre; D. Alvar Fáñez Minaya, tiene por armas cinco roeles de oro en campo de sangre; Laín Calvo, primer juez de Castilla, tiene por armas un escudo cuarteado y contrapuestos leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro; D. Gómez de Gormaz, tiene un castillo en campo de sangre; Fernando Alonso, sobrino del Cid, tiene por armas un escudo partido de arriba abajo: en el lado derecho están las armas del Cid, y en el izquierdo, que está dividido en dos partes al través, en la superior hay una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior una flor de lis en campo de sangre; Pedro Bermúdez, también sobrino del Cid, tiene las armas de Laín Calvo; Martín Antolínez, sobrino del mismo, tiene las mismas armas que Laín Calvo; Bermudo Sandínez tiene por armas un escudo partido por medio de arriba abajo: en el lado derecho hay unas flores de lis en campo sinople, y en el izquierdo las armas de Navarra; D. Gonzalo Nuño, hijo del conde D. Pedro y nieto del gran conde Fernán González, tiene un castillo en campo de sangre y encima una cruz de plata en campo colorado. En el interior de la capilla de que estamos hablando, y por encima de los sobredichos sepulcros, se lee la inscripción siguiente: « *Gaude felix Hispania letare que semper: quia tot tales que meruisti Penates, habere: sunt enim Reges illustrissimi genere, et comites nobilissimi, atque fortissimi quorum corpora in presenti capella requiescunt.* » Y en una tarjeta que tiene dos leones se lee: « *Quomodo ceciderunt robusti et perierunt arma bellica.* » (II Regum, cap. 1, vers. 27.) Enfrente de esta capilla que acabamos de mencionar, hay otra sobre cuya portada lee: Capilla de los Santos Mártires, y más arriba hay una tarjeta que dice: *Corpora C.C.S.S.M.M. in pace hic sepulta sunt.* (Año 834.)

Se llama esta capilla de los Santos Mártires por estar erigida en el ala del claustro en que fueron enterrados doscientos monjes martirizados por los moros en tiempo de su invasión en el año de la era cristiana 834. Esta ala del claustro, que según resulta de algunos autores apoyados en documentos y aparece de los caracteres de su arquitectura, en dictamen de varios arqueólogos es del tiempo de la fundación del monasterio; á saber: del siglo vi. Parece muy probable sea el único ejemplar de arquitectura que de su época quedó en España merced á la devastación sarracena. Se compone de una serie de arcos semicirculares sobre columnas cilíndricas y lisas, cuyas basas son caprichosas, así como los capiteles, y éstos muy variados, hallándose algunos que se semejan bastante al corintio; pero la ejecución de todos es muy tosca. Cuatro de estos capiteles están incluidos en la capilla que acabamos de nombrar, y allí pueden verse y examinarse de cerca, á diferencia de los demás del ala, que sólo se ven al través de unas estrechas ventanillas abiertas en unas puertas que cierran el enterramiento de los mártires, cuyas llaves obran en poder del Prelado de esta diócesis de Burgos desde la exclaustación de los monjes, verificada en 18 de Noviembre del año 1835. Entre los capiteles de las columnas y los arranques de los arcos hay unas impostas, según era uso en el siglo vi, al decir de varios inteligentes. Entrando en dicha capilla, á mano derecha, dentro del santuario, hay dos piedras embutidas en la pared, que contienen en caracteres góticos la inscripción siguiente <sup>1</sup>: *Era DCCCLXXII, IIII F. VIII idus Ag. adlisa est Karadigna et interfecti sunt ibi per Regem Zephram CC. Monachi de grege Domini in die S.S. Martirum Justí et Pastoris.* Cuya inscripción se dice haber sido puesta por los mismos que enterraron los monjes mártires; á lo menos los caracteres, según los anticuarios, son de aquel tiempo.

A los pies de la iglesia están los sepulcros de Gil Díaz, moro convertido y mayordomo del Cid, y el de Sancho Guillén, Abad LV que fué de este monasterio y natural de la ciudad de Burgos, de una de sus principales familias, persona muy venerable y Abad de ejemplar virtud, cuyo sepulcro se ha tenido siempre en gran respeto <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El *Cronicon* de Cardeña, tomo XXIII, pág. 370, dice el mismo modo: « *Era de DCCCLXXII. Vino el rey Azepha, en Castilla, é andido por toda la tierra, é vino al monasterio de San Pedro de Cardeña, é mató y doscientos monjes que moraban, y era Abad entonces D. Esteban IV. Fera en el día S.S. Justí et Pastoris, en el mes de Agosto.* » Esta era se forma por año, pues sólo así sale bien la feria cuarta en 6 de Agosto. Advértase que no se conoce entre los moros ningún rey llamado Zepha, Acepha, y nota Sampiro que Azispha significaba ejército ó tropa mandada por capitán.

<sup>2</sup> Vivió desde 1302 al 1332. Berganza, tomo II, pág. 184, n. 84 y siguientes.

En la capilla llamada de Santa Catalina, que está en la sacristía, en donde fué la claustra antigua, enterramiento de varias personas notables que refiere el historiador Berganza según el Necrologio de Cardeña, hay un elegantísimo arco ojival florido, digno de estudiarse por los artistas.

En el ángulo del claustro procesional, que es uno de los tres de que consta el monasterio, se ven unos arcos con sus columnas tapiadas que les juzgan dignos de estudio varios arquitectos que han visitado á San Pedro de Cardeña. Este claustro, que es el segundo, al cual le faltan dos paños que están tirados por el suelo desde el tiempo de la guerra de la Independencia, en que fué destruido el monasterio, es de arquitectura grave y majestuosa, de estilo greco-romano, y además de los arcos de que acabamos de hacer mención se ve en él una puerta ojival primitiva tapiada, y también unos canecillos de una iglesia muy antigua que estaba en el ala del claustro de enfrente de la que se halla la actual, los cuales canecillos han sido copiados cuidadosamente por varios artistas. Entre este claustro y la iglesia actual está el ala de los Santos Mártires, del cual se hizo relación. El primer claustro pertenece á aquel gusto que podíamos llamar intermedio entre el estilo ojival y el renacimiento italiano, importado á nuestra nación por Berruguete y otros artistas á la mitad del siglo xvi. El tercer claustro es insignificante. El aspecto exterior del monasterio, tanto por la bella gravedad de sus fachadas como por su conjunto y posición, añadido á los recuerdos históricos que á él están ligados, y entre los cuales no se puede omitir aquí el de hallarse incluido en el sitio en que hasta el año 1111 estuvo el palacio del Cid, además de las particularidades que se dejan de citar y otras bellezas que como los retablos y la sobreescalera se pasan en silencio por evitar prolijidad, hacen del monasterio de San Pedro de Cardeña un verdadero monumento de las antiguas glorias españolas, que el P. Arévalo cantó de esta manera:

De Cardeña el monasterio,  
A San Pedro dedicado  
Que habia Sancha fundado,  
Echó Zefa por el suelo;  
Mas de Alfonso el magno celo  
Le edificó, y García  
Fernández con bizarría  
Le engrandeció liberal;  
El Cid, que no tiene igual,  
Le ha honrado y honra en el día.  
Condes grande le aumentaron,  
Y monarcas soberanos  
Como padres le miraron.  
Reyes que depositaron  
En él sus cuerpos, ostenta;  
Condes junto á éstos presenta,  
Y al frente de timbres tantos,  
Hijos suyos, monjes santos,  
Mártires doscientos cuenta.

Para conservar tan célebre y memorable edificio y librarle de la desgraciada suerte que cupo á los monasterios de San Agustín, Fresdesval, San Pablo, la Merced y otros cuyas ruínas ha pintado con vivos colores esta Revista, t. III, pág. 92, el Emmo. y Reverendísimo Cardenal de la Puente, Sr. D. Fernando Primo de Rivera, instruyó el oportuno expediente para que se exceptuasen de la permutación convenida con la Santa Sede, la iglesia y monasterio de San Pedro de Cardeña, con el fin de abrir al culto la primera y destinar el segundo á casa-corrección de sacerdotes; y según deseaba el dicho Prelado se declaró por real orden de 16 de Febrero de 1864. Finalmente, por real orden de 30 de Junio de 1880 se autorizó el establecimiento de una Comunidad de Trapenses en dicho monasterio. La Comunidad ha permanecido cerca de dos años en él; pero por falta de terrenos para el cultivo, como es propio de su Orden, se vieron obligados á abandonarlo. ¡Quiera Dios que este nuevo desamparo dure poco, para que la incuria del tiempo no acabe de completar sus estragos y de amontonar nuevas ruínas!

J. MARTÍN ZORRILLA.

Barbadillos de Herreros, 15 de Marzo de 1884.

## EL TIEMPO

**E**l permanecido largo rato abismado en mis pensamientos antes de tomar la pluma; quería escribir algo, pero en vano buscaba en el fondo de mi alma una idea, una inspiración que sirviese de asunto á mi desaliñado escrito; mi estéril imaginación nada concebía.

¡Cómo pierdo el tiempo! he exclamado al fin; y

<sup>1</sup> Véase la nota anterior.

<sup>2</sup> Mariana, lib. X, cap. XV.

<sup>3</sup> Véase Mariana, lib. V, cap. I.

<sup>4</sup> Mujer de Diego Lainez é hija del conde Nuño Álvarez.



meditando un poco sobre mi exclamación, me ha parecido ver en ella un objeto importantísimo, un asunto digno de mejor pluma que la mía.

\*\*\*

¡El tiempo! Vivimos rodeados de misterios en que jamás reflexionamos, porque de seguro nuestra pobre inteligencia se anonadaría al sumergirse en un mar de sombras y confusiones.

¿Sabéis lo que es el tiempo?

Kant le llama una *categoría* de la mente humana, un antejo que tenemos todos los hombres para ver las cosas bañadas del color del tiempo. Para este filósofo el tiempo en sí no es nada.

Otros sabios sostienen que el tiempo es «la variedad de sucesiones».

Algunos le definen «aquello que dura».

Quiénes le llaman «una cualidad de las cosas».

Para los ingleses «el tiempo es oro».

Pana mí el tiempo es un *misterio*.

Pero cualquier cosa que sea, de cualquier modo que se le llame, hay que convenir en que es precioso. Más, mucho más precioso todavía que el oro, de más valía que las perlas y diamantes, porque al fin el oro y las perlas abundan, al menos en las arcas de los potentados, y en las minas de California, y en los criaderos de Australia, y en el fondo de los mares, y en las coronas y cetros de los reyes, y en los collares y adornos de las damas del gran mundo; mas ¡el tiempo!... Es tan escaso, que apenas se le percibe aun cuando en medio de él vivimos: vuela, y vuela siempre; cual fantasma vaporoso despliega ante nuestra vista decoraciones mil, que desaparecen al momento, sin detenerse jamás y sin dejarnos otra cosa que recuerdos y esperanzas. Recuerdos de lo pasado, esperanzas para lo por venir.

Sólo el presente es nuestro: sólo ese instante, esa línea divisoria que separa lo que fué de lo que será.

\*\*\*

Si meditáramos lo que es el tiempo, ¡cuánto duelo nos haría lo mucho que desperdiciamos! ¡Y cuánto más sentiríamos el que empleamos en obrar mal!

El tiempo blanquea los cabellos del anciano, llevándole paso a paso a los umbrales de la eternidad, que nunca se acaba ni se muda. El abre las puertas de la vida al niño, y en velocísima carrera le conduce, al través de la infancia, de la juventud y de la ancianidad, al término fatal de su efímera existencia.

\*\*\*

¡El tiempo es oro! ¡Si fuera posible detenerlo arrojando el oro y las joyas a montones en su camino! ¡Si pudiera comprarse con ese metal tan ambicionado de los hombres!

Pero nada: siempre implacable, ni escucha las súplicas del viejo que tiembla ante la sombría perspectiva del sepulcro, ni se compadece y aminora los larguísimos días del que sufre, ni prolonga las siempre fugaces horas del placer, ni se arredra ante las bravatas del joven que parece desafiarle cuando en la plenitud de la vida corre tras el deleite, saltando de goce en goce cual atolondrada abeja de flor en flor para chupar el néctar de su cáliz, sin pensar ¡ay! que el tiempo arrebatara muy pronto los dulzores de la juventud.

\*\*\*

Sin embargo, el tiempo es relativo; no es igual para todos los mortales. ¡Qué lento es su andar para el que padece ó para el que espera! ¡Y cuán velozmente se deslizan las horas de felicidad! En el cielo es imposible el tiempo, porque es incompatible con la dicha sin límites de los bienaventurados. En cambio en el infierno, ¡cuán horrible y qué largo debe ser allí el tiempo!

\*\*\*

Los pensamientos y voliciones forman el tiempo de nuestra alma. Por eso cuando tenemos una idea grande, cuando hemos creado alguna concepción maravillosa, cuando descubrimos alguna nueva verdad en el terreno de la ciencia, la vida entera se concentra en el interior del espíritu, y nada significa para nosotros el tiempo del mundo exterior.

Si nuestra inteligencia fuese capaz de abarcar con una sola idea y de un solo acto cuanto hay de conocido; si la voluntad pudiese querer también con una volición simple la verdad y el bien absoluto conocido por la inteligencia, entonces el tiempo habría desaparecido para nuestro espíritu, porque éste sería infinito é inmutable, y por consiguiente eterno.

Así concibo yo (si de algún modo es concebible) la eternidad en Dios.

\*\*\*

La felicidad es incompatible con el tiempo.

¿Sabéis por qué? Preguntádselo á vuestro corazón cuando se haya visto inundado de placeres; decídselo á vuestra alma cuando haya saboreado la dulce copa de las delicias terrenas; preguntadlo, sí, y hallaréis en sus respuestas cumplida razón de mis palabras.

El tiempo todo lo muda y lo acaba, y un goce que se convierte en hastío no merece el nombre de goce; y una felicidad que no es perpetua no puede ser verdadera felicidad tal como nuestro corazón la ambiciona.

¡Sólo en el seno del Eterno seremos felices, porque sólo allí no existirá el tiempo, que con sus continuas mudanzas turbe nuestros inefables placeres, presentándonos, siquiera sea á lo lejos, el negro espectro de la tristeza y de la pena!

\*\*\*

Vosotros á quienes al presente la dicha más tranquila y apacible sonríe, ¡representaos alguna vez en medio de vuestros goces la escuálida imagen del tiempo! ¡Acordaos, sí, de que el estado lisonjero de vuestro corazón puede trocarse en desdichado, de que el tiempo puede sumiros en la desgracia!

\*\*\*

Para concluir, caro lector, no puedo menos de traer á tu memoria una máxima profundísima: ¡Dichoso aquel que sabe aprovechar el tiempo!

B. B. v. S.

## Á DON CARLOS CANO

EN LA MUERTE DE SU HIJO CARLOS <sup>1</sup>.

Placita... erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum. (Sap., cap. IV, vers. 14.)

- 1 ¡Padre infeliz, que sepultado lloras  
Al hijo de tu amor,  
Y en soledad tristísima devoras  
Lo amargo del dolor!
- 2 Alza esos ojos de llorar cansados,  
Fíjalos en la Cruz,  
Y tórnalos al cielo iluminados  
De Cristo con la luz.
- 3 Más allá de la aurora y de esas nubes  
De nieve y de arbol,  
Sonrosando el Edén de los Querubes  
Jamás se pone el sol.
- 4 ¿No ves de aquellos célicos jardines  
El perenne azahar?

(1) Carlitos Cano, cuya muerte acaeció el sábado 26 de Abril del año presente, ha inspirado el presente poemita; era un niño amabilísimo: á la belleza del semblante y al ingenio superior á sus años, dones con que le había liberalmente adornado la mano del Criador, juntaba la hermosura sobrenatural de la gracia de que fué revestida su alma en el bautismo, y de la cual jamás se despojó por el pecado. Llevó al sepulcro la flor de la inocencia. De tan delicada joya hubo de ser guardadora la Reina de los Angeles María Santísima, madrugando á llevarle para sí con una dichosa muerte. A aquella Reina invocaba el niño moribundo, y de sus manos había en otro tiempo recibido la salud, demandada fervientemente por sus padres. El mismo atribulado autor de sus días, que hoy saborea con lágrimas los consuelos de la fe, cantó en aquella sazón el beneficio de María en un poema laureado después por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, y que en el certamen público de 1882 celebrado é impreso en dicha ciudad lleva el número 5 y el lema «Mi esperanza eres tú». Los delicados versos que inspiró la Virgen al corazón del padre son como siguen:

Una noche—jamás de mi memoria  
El recuerdo se aparta—el ángel mío,  
El hijo de mi amor, mi bien, mi gloria,  
Agonizaba sobre el lecho frío,  
Y al lado de él lloraba conmovida  
La dulce compañera de mi vida.  
—«Madre de Dios, consuelo del que llora,  
Exclamé ante aquel cuadro de amargura;  
Por esta madre que tu auxilio implora,  
¡Que no alumbre la aurora  
Del hijo de su amor la sepultura!  
¡Salva, Madre querida,  
Del tierno niño la inocente vida!»  
No sé después lo que sentí en mi alma:  
Un eco celestial llegó á mi oído,  
Durmíose el niño con tranquila calma,  
La aurora al despuntar lo halló dormido,  
Y el sol resplandeciente,  
Al alumbrar su despejada frente,  
A la vez alumbró nuestra alegría.  
¡Ya el niño sonreía!

Carlos Cano ha bajado al sepulcro, á los ocho años de edad, en la fábrica militar de pólvora de Murcia, situada no lejos del monasterio de San Jerónimo. Su padre D. Carlos Cano prepara una corona poética á la memoria de este niño prodigioso, tan dignamente celebrado en la tierna y consoladora poesía del P. Reyes.

- 5 ¿De ángeles y armoniosos serafines  
No escuchas el cantar?  
Mira aquel ángel que azucenas puras  
Va enlazando á su sien,  
Y arrastra con sus niveas vestiduras  
Las rosas del Edén!
- 6 Grato, aspirando las vivientes brisas  
Del eterno pensil,  
Reflorece con cándidas sonrisas  
Su rostro juvenil.
- 7 ¿No en la gloria inmortal le reconoces?...  
¿No allí tu imagen ves?  
¡Es tu hijo transformado con los goces!  
¡Padre feliz! ¡El es!
- 8 Mientras la muerte á marchitar se atreve  
Su despojo mortal,  
Va entre ángeles con túnica de nieve  
El alma celestial.
- 9 Dánle de eterna vida los destellos  
Un nuevo cuerpo allí.  
El es: su corazón, sus ojos bellos  
Clavados tiene en tí.
- 10 El vibra de una voz dulce y secreta  
Ecos que paz te den,  
Y en su cítara escuchas al poeta  
Del bienhadado Edén.
- 11 No suspiró su alma vulnerada  
Con el terrestre amor:  
Escogióle la Reina Inmaculada,  
Y es ya su trovador.
- 12 Vióle en la cuna agonizar pequeño;  
Mas su clemente faz  
De la muerte aplazó el temprano sueño  
Con ósculos de paz.
- 13 Creció hermoso: Ella mira desde el cielo  
Su corazón en flor,  
Y amenazaba aquí manchar su vuelo  
El mundo corruptor.
- 14 Yace enfermo: se agosta en los ardores  
Del delirio febril:  
Y Ella en su trono de celestes flores  
Dijo entre ángeles mil:
- 15 «Salud con una fresca brisa mía  
Puedo infundirle yo:  
La muerte aguarda, y á mi aliento huiría  
Como otra vez huyó.
- 16 Mas del niño patentes los caminos  
A mi mirada están,  
Y en la tierra con riesgos peregrinos  
Me da su suerte afán.
- 17 ¡Ay! ¿Gastado en el mundo con los vicios  
Su corazón veré?...  
¿Irá á hundirse en eternos precipicios?...  
¿Y yo le dejaré?...
- 18 Sirviendo á mi alto amor viene la muerte:  
No la detengo, no;  
Ella en ángel al niño me convierte;  
«¡Muera!» dijo, y murió.
- 19 Volaba al trono hermoso de María  
En el instante aquel,  
Por ver si el duro golpe detenía  
El ángel Rafael.
- 20 Lágrimas presentando y preces, dijo:  
«¡Madre del Redentor!  
Hieres al padre trasladando al hijo:  
Va á matarle el dolor!»
- 21 Cielos y tierra iluminó María,  
Mostrándote en su faz  
Llanto glorificado que vertía  
Con sonrisas de paz.
- 22 «Yo sé de penas, dijo, y de consuelos:  
Padre, sé tu dolor:  
Busque tu corazón sobre los cielos  
Al hijo de tu amor.
- 23 Tengo un elixir de fulgores rojos  
Que, embriagando al mortal,  
Se abre el celaje azul, y ven sus ojos  
El Edén celestial.
- 24 Aquí en floridos bosques las personas  
Que al mundo muertas son  
Bajo doseles muestra y con coronas  
La célica visión.
- 25 Bebe el dulce licor, la sangre apura  
Del huésped de Emaús:  
Y al hijo que encerró la sepultura  
Le hallarás en Jesús!»
- 26 Estas palabras murmuró María  
En el instante aquel  
Que abrió las puertas de la tumba fría  
El ángel Rafael.
- 27 Al hijo de tu amor entre los muertos  
¡Ah! no le busques, no.  
Lloren otros en mármoles desiertos:  
Tu niño al cielo huyó.
- 28 Faltaba en los vergeles de María  
De honor paje gentil,  
Cuando alas á tu niño entreteja  
Con flores el Abril.



- 29 Voló rasgando del azul celaje  
El fulgido tisi;  
Y oyó á la Virgen: «Ven, serás el paje  
De mis vergeles tú.
- 30 ¡Niño gentil que en las rosadas nubes  
Del oriente español  
Desde la huerta del Segura subes  
Como luciente sol!
- 31 Ven, toma de perennes azucenas  
Guirnalda celestial:  
Rosas vierta á tu paso á manos llenas  
La turba angelical.»
- 32 Y á su frente la brisa en blando aroma  
Dió eterna juventud,  
Y ecos el ruiseñor y la paloma  
A su infantil laud.
- 33 Nunca gimió su alma vulnerada  
Con el terrestre amor:
- 34 Escogióle la Reina Inmaculada,  
Y es ya su trovador.
- 34 De aquellos himnos que el amor le inspira,  
Y á veces te hace oír,  
¿Puede acaso el poeta con la lira  
Ni un eco repetir?...
- 35 Tus misteriosos ayes interpretas:  
Te aguarda en el Edén,  
Y oyes que con sus músicas secretas  
Te dice: «¡Padre, ven!

RAFAEL DE LOS REYES, S. J.

San Jerónimo (Murcia), 2 de Mayo de 1884.

## OBRAS DE CERRAJERIA

ANTIGUAS Y MODERNAS



ON los ejemplares antiguos en esta materia muestras valiosas de la gran perfección con que aquellos artífices trabajaban el hierro, y á veces el bronce, sin emplear apenas otros instrumentos que el martillo.

Para ejecutar estos trabajos era preciso estar *encañados* con el metal que esculpían, sabiendo por esto sacar partido de su fuerza y flexibilidad, aprovechando sus distintos estados, ya en forma de láminas, vástagos, alambres; ya forjando, estampando ó repujando, según los casos; ya, por último, combinando ingeniosa y artísticamente las varias disposiciones, de suerte que cada forma se acomodara á la calidad y condiciones del elemento en que se ejecutaba. Sembrantes cualidades producían, naturalmente, brillantes resultados, que una práctica continuada mejoraba de día en día.

Clavos, aldabones, y alguazas, como los que la lámina ofrece, abundan profusamente en todas nuestras antiguas ciudades, aunque poco á poco van desapareciendo, no pocas veces para venderse por hierro viejo, y algunas para ir á formar parte de las colecciones de los aficionados; lo que raramente se verifica, y en mi concepto sería lo más interesante, es restaurar el género con tales modelos á la vista, á fin de que nuestros artesanos fueran de este modo acostumbrándose á trabajar el material en sus condiciones propias y peculiares.

No deja esto de ofrecer sus dificultades, porque en la actualidad el oficio es enteramente mecánico, y los que trabajan el hierro ni sienten ni aquilatan las perfecciones de forma y los refinamientos de buen gusto que en aquel tiempo parecían familiares hasta á los más rudos; pero por molesta que sea la tarea, páreceme que no hay otra más fructuosa para ir educando á los operarios, y hacer desaparecer de los talleres la fatal tendencia al mecanismo ciego, que las condiciones de nuestro tiempo llevan consigo como grave mal, y que parecen conducir al absurdo resultado de convertir al trabajador en una máquina más ó en un miembro más de la gran máquina que reproduzca ejemplares al menor precio posible, suprema aspiración de nuestros días.

En el arte ú oficio de la cerrajería se ha venido á manifestar esta tendencia con el uso creciente de la fundición. Cierta que el procedimiento se ha perfeccionado en términos que, con una gran economía, proporciona todo género de elementos y composiciones, no siempre desprovistas de valor y mérito artístico; pero por lo que mira á la singularidad del oficio, es siempre con detrimento de la general cultura y buen gusto, que sólo propagado entre la gran masa obrera produce la resultante de un impulso civilizador y progresivo en alto grado. Por el contrario, el procedimiento en uso se presta á maravilla á que el dibujante del modelo, personalidad extraña al material que se usa y á los elementos y medios de que el práctico dispone, lo trace siguiendo solamente como guía su manera de ver, que podrá tener en general condiciones de belleza, pero cuya generali-

dad misma es el primer defecto que ofrece para la oportuna aplicación en determinado caso.

Así, vemos á menudo el mismo ornato que se ha fundido en hierro estampado en papel pintado y otras lindezas por el estilo. ¿Y es esto lógico? ¿Puede esto ser beneficioso para el arte en general y para el adelantamiento en particular de las artes mecánicas? De ningún modo.

Precisamente lo que en este género de trabajos tiene encanto y mérito real, es el ingeniosísimo y razonado empleo de aquellas facultades personales que se desarrollan y manifiestan en el trabajo peculiar, donde aparece la solución satisfactoria de un problema con los más adecuados, sencillos y bien combinados elementos de que el artífice puede disponer, y en cuya elección y empleo hace gala de su buen gusto, de su fina observación, de su exquisito tacto para el más agradable aspecto de la obra, á la que imprime el sello de su personalidad, de su manera, de su estilo, en fin.

Por eso abre al corazón á gratas esperanzas la saludable tendencia que va iniciándose á volver por los fueros y sanas tradiciones de un arte que en el tiempo presente está llamado á tener grandísima importancia, dado el creciente desarrollo que el empleo de su material propio va adquiriendo de día en día.

Resolver de una vez si el hierro y los demás metales empleados en las construcciones son susceptibles de ofrecer, dentro de sus condiciones inherentes, verdaderos elementos para la resolución del problema estético de la Arquitectura es hoy día la aspiración más vehemente de cuantos buscan la fórmula definitiva de la transición artística á que asistimos; y sean las que quieran las prevenciones de la crítica en este punto, sería puerilidad negar que en tales elementos, y no en otros, ha de buscarse la solución apetecida. Suponer que el supremo secreto de la belleza arquitectónica está vinculado en los grandes monumentos del pasado, y que los elementos nuevos aportados por el desarrollo industrial del siglo presente, no sólo no han de facilitar medios nuevos para una nueva y espléndida manifestación artística, sino que por sus condiciones mismas vienen á separarla de su tradicional senda, precipitando la decadencia de la más antigua entre las artes del dibujo, es un error sin duda alguna funesto, y su tendencia pesimista uno de los obstáculos más grandes que encuentra á su paso el progreso del arte.

A protestar de su tendencia, á desvanecer sus efectos deben dirigirse los esfuerzos de todos los que entienden, por el contrario, que ningún elemento industrial puede ser perdido para el adelantamiento del arte, si juiciosa y adecuadamente se aprovecha, teniendo en cuenta sus condiciones especiales, para que la forma artística responda á ellas y no sea vano ropaje que las desfigure ú oculte.

Pero en la actualidad el carácter de nuestras manufacturas de hierro está en relación con las ideas utilitarias de la época, en la cual se considera como suficiente la exigua cantidad de arte que entra en la ejecución de los objetos metálicos. Una verja, por ejemplo, se compone de dos barras planas agujereadas y unidas por varillas de hierro rectas, cuyos extremos se remachan á martillazos, llevando á guisa de adornos varias piezas de hierro encorvadas que á trechos tocan á las barras, y una serie de bellotas, piñas ó cualquiera otro objeto caprichoso que sirven como de coronamiento á la verja. Compárese ahora este trabajo, del cual se ven numerosos ejemplos en calles y plazas, con una obra de hierro hecha por artífices de la Edad Media, y se observarán notables diferencias.

Los adelantos modernos, introducidos en la fabricación de verjas y cancelas de hierro forjado, se reducen á nimios detalles, tales como el de cubrir las juntas de las piezas por medio de rosetones de hierro fundido; pero el conjunto del trabajo resulta pobre y falto de gusto, y en ocasiones hasta repulsivo, tanto por su estilo como por sus contornos.

Muchos de los arquitectos y dibujantes actuales son responsables del poco satisfactorio resultado que en los últimos años han tenido las fabricaciones de hierro forjado, pues todos sus esfuerzos tienden á desacreditar esta industria, que en justicia debiera sustituir á la del hierro fundido. Nuestros trabajadores, que son mecánicos y no artistas, atienden á los que hacen del dibujo una profesión; pero cuando tienen que dar forma y cuerpo en el metal á los diseños, suelen vacilar y desanimarse en muchos casos, concluyendo por no admitir el trabajo que se les encomienda.

Tales son las condiciones en que se encuentran actualmente las industrias del hierro forjado, á cuyo desarrollo se oponen, por una parte, la preferencia de que es objeto el hierro fundido, y por otra, la falta de conocimiento en cuanto á formas y proporciones de las obras de arte se refiere, por lo cual será

siempre digno del mayor aplauso todo trabajo encaminado á volver por los buenos fueros del arte.

J. B. LÁZARO.

## ESTUDIO

ACERCA DEL DOGMA DEL FIN DEL MUNDO



NO es un motivo de curiosidad lo que inspira este estudio, sino el deseo de defender un punto de nuestra fe atacado por la ciencia incrédula. La creencia en el fin del mundo es universal entre los cristianos; y como los cristianos están esparcidos por toda la tierra, puede decirse que la creencia en el fin del mundo es literalmente católica. Desde este punto de vista, los indiferentes y los adversarios, bien que por razones diversas, piensan poco más ó menos como los fieles. Un incrédulo muy conocido, Mr. Alfredo Maury, escribe: «El hecho de la destrucción, ó mejor de la transformación del actual orden de cosas, es no sólo muy posible, sino muy probable.» Ve dicho escritor la prueba de esto en los incendios de muchos astros que desaparecieron ante los ojos de los astrónomos, y de los cuales hemos hablado ya. La conformidad de la ciencia y de la fe no nos sorprende más que la identidad específica de los rayos procedentes de un mismo foco; es natural que esta conformidad se muestre tanto más íntima cuanto mayores sean los progresos de la ciencia; es decir, cuanto más perfecto sea su conocimiento. Pero aquí es donde la incredulidad interviene con sus negaciones, más brutales que doctas; ella niega que la fe sea un rayo divino y que alcance la verdad sino por una coincidencia fortuita. «En particular en la cuestión presente, los cristianos creen bajo la palabra de Cristo; pero Cristo mismo no hizo más que repetir lo que se decía en todas partes en su tiempo. Ha sido un eco inconsciente, y no una voz divinamente inspirada, para descubrir á las generaciones los terribles secretos del porvenir.» Perdónesenos que repitamos esta blasfemia: nos vemos precisados á combatir la impiedad en su propio terreno.

Veamos en primer término lo que se ha creído fuera de Cristianismo tocante á los últimos días del mundo.

### I

La raza indo-germánica ha conservado y propagado una tradición que se conforma completamente con la creencia en la conflagración final del Universo. Ya reviste esta tradición una forma popular ó práctica, ya se remonta á las hipótesis de los sistemas filosóficos; pero en los libros sagrados de los diferentes pueblos es donde ofrece caracteres más preciosos y mejor determinados.

I. Se quiere ver una alusión á la destrucción del mundo en esta frase tan conocida de nuestros antepasados los galos: «No tememos más que una cosa, y es que el cielo se desquicie.» Según Estrabón, creían ellos que las almas y los elementos eran incorruptibles; pero creían también que el agua y el fuego harían un día fuerza en ellos, sin duda para disolverlos y no para aniquilarlos.

Datos más seguros tenemos acerca de los pueblos del Norte. Hé aquí un pasaje muy curioso sacado de la *Voluspa*. La *Voluspa* es uno de los poemas del Edda. «El sol comienza á oscurecerse; el continente se hunde en el Océano; desaparecen del cielo las brillantes estrellas; el humo envuelve al fuego destructor del mundo; la llama gigantesca llega hasta el mismo cielo.» Parece casi una imitación del Evangelio.

Los antiguos etruscos admitían el gran año (pronto hablaremos de lo que esto significa), cuyo último término es una catástrofe universal. Hallamos un testimonio de ello en Plutarco (*Vida de Sila*). «Ocho razas de hombres, decían sus sacerdotes, deben llenar la duración de los siglos, difiriendo entre ellos por sus costumbres y género de vida. Dios ha señalado á cada una de estas razas un tiempo prefijado, limitado por el período del grande año.»

Los libros sibilinos anunciaban el día de la cólera, *dies irae*, como canta la Iglesia. Si ha desaparecido el texto auténtico de estos famosos oráculos, se puede ver una alusión á la terrible profecía que se contenía en él en la cuarta égloga de Virgilio. La última edad anunciada por la sibila de Cumas, que es, según el poeta de Mantua, una edad de renovación, supone evidentemente una destrucción que la haya de preceder. La alusión es más clara en Lucrecio. El poeta del materialismo cree en el fin del mundo, pero pretende explicarlo por razones filosóficas. Antes de comenzar asegura que los oráculos de la filosofía tienen autoridad más sagrada, certi-



dumbre mayor que los de la Pitonisa, por más que los dé sentada sobre el trípode de Apolo y coronada de laurel.

Quae prius aggrediatur quam de re fundere fata  
Sanctius et multo certa ratione magis quam  
Pythia quae tripode e Phoebi lauroque profanatur.

(v. CXI.)

Por lo demás, los antiguos poetas se complacían en recoger las tradiciones populares. Desgraciadamente, abusan demasiado de sus derechos; el asunto se pierde bajo los adornos de su imaginación. Hé aquí en primer lugar las palabras que Séneca el Trágico hace cantar al coro en su *Hércules en el Eta*: «Hércules vencido justifica al cantor de Tracia (Orfeo). Cuando llegue el día fatal, serán destruidas las leyes del mundo; el polo austral aplastará la Libia y las vastas regiones de la Garamantia; el polo de la Osa aplastará el país situado bajo el eje del cielo, barrido por el árido bórreas; el Sol tembloroso retirará al cielo su luz; la bóveda celeste arrastrará al desquiciarse el Levante y el Poniente en su ruina; los dioses mismos serán presa de la muerte y entran en el caos.»

Vati credere Thracio  
Devictus jubet Hercules:  
Jamjam legibus obrutis,  
Mundo quum veniet dies,  
Australis polus obruet  
Quidquid per Lybiam jacet  
Et sparsos Garamas tenet,  
Arctous polus obruet.  
Quidquid subjacet axibus  
Et siccus boreas perit;  
Amissum trepidus polo  
Titan excutiet diem;  
Coeli regia concidens  
Ortus atque obitus trahet;  
Atque omnes pariter deos  
Perdet mors atque chaos.

Los poemas épicos se han perdido; sin duda estos versos de Séneca son un eco de ellos.

Lucano se expresa aún con más energía: «Una pira común, dice, aguarda al mundo; ella mezclará las osamentas de los hombres con los restos de las estrellas.»

Communis mundo superest rogas, ossibus astra  
Mixturus.

(Phars., VII, 815.)

Ovidio nos representa á Júpiter á punto de arrojar sus rayos sobre la Tierra, que se detiene de repente, porque dice: «Los secretos del destino le vienen á la memoria; se acuerda de que un día el mar, la tierra y los palacios mismos del cielo serán devorados por las llamas, y la máquina del mundo, fabricada con tanto arte, será destruída.»

Erse quoque in fati reminiscitur adfore tempus  
Quo mare, quo tellus, corruptaque regia coeli  
Ardent, et mundi moles operosa laboret.

(Met., I, 356.)

Lucrecio (pero este poeta creía traducir en verso un sistema filosófico) escribe casi en los mismos términos: «Mira los mares, las tierras y el cielo... un solo día los entregará á la muerte, y después de haber durado tantos años, la inmensa máquina del mundo se destruírá.»

Principio maria et terras, coelumque tuere:  
Una dies dabit exitio, multosque per annos  
Sustentata, ruet moles et machina mundi.

(v. 93.)

Eusebio recuerda un pasaje curioso de un antiguo trágico griego. Hé aquí su traducción: «Vendrá un día en la serie de los siglos, un día en que el éter de reflejos de oro arrojará los tesoros de fuego que lleva en sus entrañas. La llama furiosa devorará todo lo que hay sobre la tierra y en las regiones superiores.»

En fin, nos parece que se debe mirar como un testimonio de la creencia popular aquel espanto que se apoderaba de los habitantes del golfo de Nápoles cuando la erupción del Vesubio al principio de nuestra era. «La muchedumbre, dice Diógenes Casio, estaba convencida de que el mundo iba á ser devorado por el fuego y á entrar de nuevo en la nada.»

II. Las teorías de los filósofos de la antigüedad les han obligado frecuentemente á sostener la *inco-rruptibilidad* del Universo. Muchos han escrito tratados especiales para sostener esta tesis. Nosotros creemos que estos autores se proponían resistir á la opinión dominante en el pueblo. Otros se declararon por la doctrina contraria. Tales fueron, en particular, los epicúreos y los estoicos.

Hemos recordado ya las palabras de Lucrecio. Hé aquí las de su maestro; las tomamos literalmente

de Herodoto: «Es preciso que todas las cosas se disuelvan, las unas más temprano, las otras más tarde; éstas por una causa, aquéllas por otra. Es, pues, manifiesto que los mundos son corruptibles por el cambio de sus partes.» Esta doctrina ya se sabe que es la de Demócrito; no tenemos para qué insistir más en ella. La teoría de los estoicos merece más atención.

Zenón y la mayor parte de sus discípulos explican el mundo por medio de dos principios y de cuatro elementos. Los dos principios, el uno activo y el otro pasivo, son Dios y la materia primera. Dios es el éter ó el fuego activo, inteligente é incorpóreo. La materia primera no es fácil de definir; es un no sé qué increado, eterno, despojado de toda cualidad y susceptible de recibirlas todas. Los cuatro elementos son: el fuego pasivo, el aire, el agua y la tierra. El fuego activo, ó Dios, penetra la materia y se hace una misma cosa con ella; el primer efecto de esta identificación es la producción del fuego elemental ó pasivo, que tiene más consistencia, más densidad que Dios y la materia primera. O bien una condensación del fuego elemental produce el aire; el aire, condensado á su vez, viene á ser el agua; y el agua, por el mismo procedimiento, viene á ser la tierra. Así nacen los cuatro elementos, y de los cuatro elementos es formado todo lo demás. Esta evolución no es un capricho del éter inteligente; es una manifestación de causas y de efectos ligados fatalmente, y desarrollándose eternamente en un orden ineludible trazado por el destino. Es decir, la cadena del destino vuelve sobre sí misma y describe una órbita. De aquí se deduce que la Tierra volverá á ser agua, el agua aire, el aire fuego elemental, y en fin, el fuego elemental volverá á entrar en la materia primera y en el éter, para volver á comenzar en seguida su evolución en orden inverso. De este modo está el mundo sometido, según Zenón y sus discípulos, á una serie sin fin de destrucciones y renovaciones. Esta es, con poca diferencia, la doctrina de Heráclito. La manera de realizarse estos fenómenos gigantes merece especial atención.

Según Zenón, son el *agua* y el *fuego* los que sucesivamente destruyen el mundo; producen, la una *cataclismo* y el otro *conflagraciones* (éstas son las palabras características), seguidos de *palingenias*. Es difícil no reconocer aquí un esfuerzo para adaptar, de grado ó por fuerza, á las teorías filosóficas los restos de alguna tradición popular. El agua y el fuego no desempeñan el papel de causa en la serie de las condensaciones ó dilataciones de los elementos sin una violencia manifiesta. Algunos estoicos creyeron poder señalar con precisión los datos de estas catástrofes. Veamos cómo.

Todo el mundo sabe que el año vulgar es el intervalo de tiempo que el Sol emplea para volver á un mismo punto del cielo, por ejemplo, á un signo determinado del Zodiaco: á Aries. Los planetas, dotados de movimiento propio, ejecutan cada uno una revolución que le es propia, y por consiguiente, emplean de un modo semejante cada uno un tiempo determinado, que le es necesario para volver á un mismo punto del cielo. Todos ellos tienen su año particular. Es decir, es posible que las diversas combinaciones de los movimientos planetarios concluyan por hacer coincidir todos los planetas en un momento determinado sobre el mismo punto del cielo, en el signo de Aries ó cualquiera otro, y ponerlos, como se dice en astronomía, todos en conjunción.

El intervalo de tiempo comprendido entre dos grandes conjunciones semejantes es lo que los antiguos llamaban el gran año. Este comprende 300.000 años solares, según Julio Firmico, y según Sicofrón 360.000. Ignoramos si los astrónomos han tenido la curiosidad de examinar si estas cifras eran exactas. El último de estos años es el último término del fin del mundo; el primero, el primero de su palingenesis. «Los estoicos, dice Nemesio (*De la naturaleza del hombre*, c. xxxviii), sostienen que los planetas, volviendo al mismo signo en latitud y en longitud en que cada uno de ellos se encontraba al principio cuando el mundo fué formado, producirán en el tiempo prescrito la conflagración y la ruina de todo lo que existe, después de lo cual el mundo será restablecido á su primitivo estado.» Séneca atribuye á Beroso esta invención, y se empeña en acogerla como una explicación plausible de los cataclismos y de las conflagraciones que sostienen los suyos, *quae nostris placet*. Le parece muy natural que si el Sol en Capricornio produce el invierno bajo la influencia de este signo, y el estío en él de Cáncer bajo la influencia igualmente de este otro, las conjunciones de todos los planetas inundan al mundo en Capricornio ó le abrasen en Cáncer. Pero entonces sería necesario contar dos grandes años cruzados, lo cual el filósofo latino parece no haber observado. Del mismo modo olvidó que el grande año pertenece á los platónicos.

Platón da de ello los necesarios elementos en el *Tímeo*. Pero según Calcidio (*in Timaeum*, cap. clxxviii), no atribuía á su año perfecto (τέλειος ἐνιαυτός) una influencia desastrosa; al contrario, debía volver al mundo su belleza primitiva.

El verdadero precursor de Zenón es Heráclito. En efecto, el filósofo de Efeso considera el fuego como el primer principio de todo lo que existe. El fuego, puesto en movimiento de cierta manera, se vuelve aire. No explicaremos cómo este principio se convierte en agua, tierra y toda clase de seres. Uno de los dogmas principales de Heráclito consistía en decir que nada es estable, que todo es arrastrado como por un movimiento eterno. La destrucción del mundo estaba contenida en esta afirmación, y es lo que Heráclito daba á entender cuando decía, según Clemente de Alejandría (*Strom.*, v. 14): «El fuego vive siempre, aunque apagado y encendido, siguiendo períodos definidos.» Pero Heráclito no parece haber sido el inventor de esta doctrina. El mismo la habrá recibido probablemente, en sus puntos principales, de su maestro Hiparco, célebre pitagórico de Metaponto, y puede creerse que era más ó menos corriente entre los discípulos de Pitágoras. Hallamos más tarde como un resto de ella en Filolao, contemporáneo de Platón. Según Plutarco (*De Placitis philosoph.*, II, 5), Filolao enseñaba «que el mundo está destinado á perecer de dos modos diferentes: por el fuego del cielo y por el agua lunar, esparcida después de un cambio del aire.» Pero, para expresar todo nuestro pensamiento, ni Pitágoras ni ninguno de sus discípulos ha inventado el dogma de las destrucciones periódicas del universo.

Nosotros pensamos aquí como con relación á muchas otras opiniones que se atribuyen á la filosofía en presencia de una enseñanza religiosa. Nos convencemos de ello si observamos la admirable conformidad que existe entre el sistema de los estoicos y las tradiciones religiosas de la India.

III. Según el brahmanismo el mundo parece de dos maneras diferentes. La una es llamada intermedia. Vamos á describirla resumiendo el texto el Visnú Purana.

«La duración del universo comprende cuatro edades, cada una de duración fabulosa. Al fin de la edad cuarta, de la edad kali, que es la nuestra, la Tierra quedará sin agua. De aquí una sequía de cien años y la muerte de toda criatura viviente. Entonces Visnú, entrando en los siete rayos del Sol, absorbe todas las aguas del globo. Los siete rayos así alimentados se convierten en siete soles, cuyo ardor abraza el Universo. Un torbellino inmenso de llamas sube hasta la esfera de los dioses, á los cuales devora. Pero espesas nubes suceden al incendio; la lluvia, que durante cien años se escapa de ellas impetuosamente, extingue el fuego é inunda al mundo y el cielo mismo. A este período diluviano sucede otro igualmente de cien años; Visnú sopla, y su soplo disipa y absorbe las nubes; en este momento Brahma, el espíritu universal, se duerme en medio de las aguas. Cuando despierte el mundo volverá á la existencia, para desaparecer todavía cuando Brahma cierre de nuevo los ojos.»

La otra destrucción se llama elemental. Comienza como la precedente. Cuando el Universo está desecado, «las aguas absorben la virtud de la Tierra, que es el principio del olor, y la Tierra se sumerge en el elemento líquido. Las aguas, de esta manera aumentadas, rugen, vuelven y llenan el espacio. El elemento del fuego absorbe en seguida las aguas, y las llamas llenan poco á poco la extensión. Pero el viento absorbe en seguida el principio del calor, el aire apaga el fuego y ocupa á su vez las seis regiones del espacio, hasta que sea destruído por el éter, que impalpable y desprovisto de fuerza, de gusto y de olor, y no teniendo más propiedad característica que el sonido, existe solo. El elemento primitivo devora entonces el sonido, y todos los elementos, lo mismo que las facultades, son absorbidas en su principio, que al fin es devorado por *Mahat*, cuya propiedad característica es la inteligencia.» Se ve en el primer capítulo de las *Leyes de Manú* que la creación, sobreviniendo después de un período de *disolución* (*pralaya*), se verifica por un orden completamente inverso.

Nosotros preguntamos aquí: ¿En dónde está la diferencia radical entre esta concepción y la teoría de los estoicos? Por lo que á nosotros toca, no vemos más que una sola: el estoicismo atribuye al éter ó fuego activo una existencia indestructible; el brahmanismo pone por encima del éter la inteligencia que lo absorbe. El éter es una emanación para los indos, un principio para los estoicos, quienes, uniéndolo á la inteligencia eterna, hacen salir de aquí todos los seres.

El budhismo, esa grande herejía del brahmanismo, conservó de la antigua religión de la India su dogma acerca del fin del mundo. Solamente ha



modificado las circunstancias. Según los adoradores de Budha, tendrá lugar este gran suceso en la tercera edad del mundo. Éste, presa al principio de toda suerte de calamidades, consumará su ruina en siete días. En los cinco primeros se secan todas las aguas. En el sexto se reduce la Tierra á humo hasta una profundidad de doscientas leguas; los hombres y los dioses mismos perecen. En el séptimo la Tierra se desploma, sin que quede de ella vestigio alguno; el mismo cielo de Brahma se conmueve. Según otra versión, el fuego consume todo en un espacio de siete días. En seguida cae una lluvia de gruesas gotas como ruedas de carro; el agua se eleva hasta los cielos «de la segunda contemplación», los llena y los disuelve como sal. Entonces comienza la cuarta edad, durante la cual el mundo es reemplazado por el vacío y el éter. Al fin de la cuarta edad el mundo vuelve á la existencia para durar y concluir como en su evolución precedente, y después empezar de nuevo y terminar todavía durante la eternidad. La duración de estas evoluciones es de trescientos cuarenta y cuatro millones de años. Las cuatro edades del brahmanismo no comprenden más que cuatro millones trescientos mil años.

J. DE BONNIOT.

(Se concluirá.)

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

**El esmeril.** — Bajo este nombre se conoce en el comercio una sustancia pétrea y tan dura que desgasta los cuerpos más resistentes, como los cristales, esmaltes, hierros, aceros y piedras preciosas. Se suele vender por esmeril otros minerales parecidos, como el granate, el hierro magnético, las hematitas roja y compacta, y diferentes clases de asperón.

El esmeril es conocido por la mineralogía con el nombre de corindón; es una piedra muy refractaria, de gran dureza, opaca en general, y de un color que varía desde el negro gris al gris azulado ó rojizo. Presta inmensos servicios en diferentes industrias esta materia, preparada convenientemente, según los casos.

**Papel esmeril.** — Se untan hojas de papel con cola fuerte, y encima se tamiza polvo de esmeril: es claro que, según el grado del tamiz, así resultará un papel esmeril de grano más ó menos grueso. Los tamices varían de 30 á 90 líneas por 245 milímetros cuadrados. Cada grado lleva su número, correspondiendo á los más altos los más finos. Generalmente, para hacer uso de este papel se pega arrollado en un mango largo de madera, y con él se frota el cuerpo que se trata de desgastar ó pulir, si se hace uso del papel de grano más fino. Untando con un poco de aceite produce más efecto el esmeril en cualquier caso, y sobre todo con más suavidad. La hoja de papel es especial, de color oscuro y de bastante cuerpo.

**Tela esmeril.** — Se prepara del mismo modo que el papel, y se usa con la mano; pues adaptándose perfectamente, sin romperse, á la palma y á los dedos de la misma, se obra con toda energía y comodidad sobre el objeto que se desea pulimentar. La tela que se emplea en este caso es el lienzo de algodón, más ó menos fuerte, según el grado del esmeril.

**Barras de esmeril.** — Se disponen unos palos de un pie de largo, poco más ó menos, en que un extremo hace de mango, y el otro bajo la forma aplana, redonda, de media caña, de cuchillo, etc., etcétera, se unta de cola fuerte, como en los casos anteriores, y encima se tamiza el polvo de esmeril. Estas barras se manejan como las limas, y desde luego ofrecen más ventajas que el papel pegado á una madera, como decíamos anteriormente.

**Pasta de esmeril.** — Con cera, una pequeña parte de sebo, según se desee más ó menos consistencia, y mezclando en caliente polvo de esmeril, se consiguen pastas para afilar navajas y pulimentar toda clase de cuerpos, ya untando una piel, una correa, tablita, ó simplemente una tela cualquiera con esta pasta, y frotando después el objeto que se desea desgastar.

**Piedra esmeril.** — Especie de muelas que se fabrican mezclando tierras arcillosas, bien preparadas con polvo de esmeril, y después, llevándolas al horno de ladrillos, se cuecen, como suele decirse, adquiriendo una consistencia pétrea que las permite montarse y hacer uso de ellas como si fueran piedras de afilar. Los efectos de estas muelas son verdaderamente prodigiosos, economizando en los talleres de ajuste y en el repasado de los objetos de hierro fundido mucho trabajo y muchas limas, pues basta imprimir á estas muelas una gran velocidad para que la fundición ó acero más duro se desgaste rápi-

damente, sin deterioro alguno sensible de la piedra esmeril.

Generalmente se montan al aire dichas muelas, cubriéndolas con un caparazón de chapa de hierro, por si salta algún pedazo de la piedra ó del objeto que se trabaja, impulsado por la gran velocidad que se imprime á la muela, en cuyo caso puede producir algún grave mal á las personas ó las cosas que se hallen en el taller.

Como en los demás casos, se prepara la piedra esmeril del grano que se quiera, tamizando el polvo por grados, según queda dicho.

**Curación de la viruela.** — Por los beneficios que su conocimiento puede prestar facilitando la repetición de experimentos sobre el particular, reproducimos la siguiente noticia:

«En el valle de Lacumba fué atacado un niño de la enfermedad de viruela, y cuando se hallaba brotando se aisló al niño en una habitación para evitar el contagio; en la habitación había casualmente una vasija con miel, y de ella tomó varias veces el paciente, sin previo conocimiento de sus padres y del facultativo, resultando que el enfermo se mejoró



SAN AGUSTÍN, DOCTOR DE LA IGLESIA.

al siguiente día, y á los pocos estaba restablecido.»

Se ha hecho el ensayo empleando miel con agua, y el resultado ha sido el mismo, aunque menos pronto. La miel, por lo observado en diversos casos, calma y disminuye la inflamación é hinchazón, siguiendo luego el alivio con gran rapidez.

**La helenina en las enfermedades del aparato respiratorio.** — Copiamos lo siguiente de un artículo de *El Siglo Médico*, escrito por el doctor D. Francisco Valenzuela:

«La helenina es un aceite volátil y concreto, que se encuentra en la raíz de la énula; se conoce también con el nombre de esencia ó alcanfor de énula; cristaliza en prismas cuadriláteros, insolubles en el agua y solubles en el éter y el alcohol; su fórmula es  $C_{10}H_{16}O_3$ , y su color es amarillo, con un matiz rojizo, llegando á ser rojas algunas heleninas que se presentan en el comercio; funde á  $72^\circ$ , hierve á  $280^\circ$ , y emite vapores, aun á la temperatura ordinaria, que tienen un olor parecido al del grafito. Se obtiene destilando con agua la raíz fresca de la énula (*raíz del moro*) ó haciéndola hervir en el alcohol, del que se la precipita por medio del agua.

«Este nuevo medicamento se ha usado mucho en el Hospital general de Madrid en los casos de tisis pulmonar, bronco-neumonía crónica, y con un resultado verdaderamente maravilloso en la coqueluche.»

El Dr. Valenzuela termina su artículo con estas palabras: «Siempre que se administra la helenina, hay una remisión en los fenómenos de tos, disnea,

y dolores torácicos, que muy á menudo llegan á desaparecer por completo; efecto tanto más notable cuanto que no va acompañado del más ligero indicio de narcotismo; la expectoración cambia siempre, disminuyendo considerablemente en cantidad, y haciéndose *jaletinosa*.

«Sobre las vías digestivas ejerce la helenina un efecto tónico muy marcado, aumentando el apetito y la facilidad de las digestiones, efecto que tuvo lugar aun en aquellos tísicos en los que la anorexia era invencible.»

**Hemostático.** — Para contener hemorragias se emplea una preparación de colodión, hecha según las siguientes proporciones:

Colodión ricinado.....	80 gramos.
Tanino.....	4 —
Bálsamo del Perú.....	4 —
Tintura de benjuí.....	4 —

Añadiendo cantidad suficiente de alcohol para disolver el bálsamo del Perú.—Se aplica sobre la herida y detiene la salida de la sangre.

**Aplicaciones del marfil.** — De esta preciosa materia, cuya recolección cuesta la vida de cuatro mil personas próximamente todos los años, se saca gran partido en la industria por las infinitas aplicaciones á que se presta. Se tornea muy bien, se lima con toda facilidad, se tiñe con multitud de colores á la perfección, y sobre tan buenas cualidades está la de pulimentarse admirablemente y con gran sencillez. De cualquier modo se pulimenta esta sustancia: con polvo esmeril y frotando con una piel, con un trapo, con ceniza, con la mano, con un palo: con cualquier objeto se saca brillo al marfil.

Sobre tan ventajosas condiciones existen otras, de que nos vamos á ocupar sucintamente.

**Escritura sobre el marfil.** — Se disuelven 5 decigramos de nitrato de plata cristalizado en una disolución débil de 4 gramos de goma con agua clara. Esta tinta se emplea como la ordinaria de escribir, pero no puede usarse con ella plumas de acero, sino de las antiguas de ave. Dicha tinta sirve también para marcar ropa.

**Plateado del marfil.** — Se sumerge el marfil en una disolución débil de nitrato de plata hasta que se colora poco á poco de amarillo; en seguida se le retira lavándole en agua clara y bien pura; después se expone al sol el objeto en cuestión, donde toma un color negro al cabo de algunas horas, y frotándole inmediatamente se abriganta, y así adquiere el aspecto de la plata. Este plateado es muy persistente. Debe manejarse el nitrato de plata con la mayor precaución, por ser un veneno muy violento, y sobre todo es un ingrediente que mancha la piel y cualquier objeto donde cae de un modo tal que, si está muy concentrado, el nitrato destruye cuanto toca.

**Limpieza del marfil.** — Se machaca piedra pómez poniéndola después en agua, y con el barro que resulta se frota el objeto, amarillento por los años, ó sucio por cualquier otro concepto, y últimamente se expone al sol bajo un fanal de cristal, donde se vuelve del color blanco puro que caracteriza á esta materia.

**El marfil como medicamento.** — Se considera como un buen astringente, y al efecto se reduce á polvo, empleándole en diversas enfermedades donde es preciso aquella medicina. En la actualidad no se emplea ya semejante medicina, al menos en la farmacopea de los pueblos más adelantados.

**Negro de marfil.** — Calcinando al rojo las raspaduras y cuantos desperdicios resultan al trabajar este producto natural, se logra un polvo negro de incomparable hermosura, que sirve para las pinturas más finas de dicho color.



Ha fallecido recientemente en Bayona el señor D. José de Aguilera, miembro de la familia de los marqueses de Cerralbo.

También el respetable señor duque de Uceda acaba de perder una encantadora niña de nueve años.

Deseamos á tan ilustres familias la resignación cristiana, único bálsamo para las heridas que abre la muerte.